



María del Carmen Pérez Gómez, (MENCHU) nació en Madrid en el año 1926. Pasó varios años de su niñez en Benetuser, Valencia, como consecuencia de la evacuación por la Guerra Civil.

Pasados tres años, en 1939 se trasladó de nuevo a Madrid. En 1954 contrajo matrimonio con Rafael Díez Bermejo. Fue el día más feliz de su vida. A partir de este momento comienza una vida nueva llena de dificultades y alegrías, pero sobre todo llena de amor.



Programa «La juventud en acción»

Niños de la Guerra

María del Carmen Pérez



NIÑOS DE LA GUERRA

María del Carmen Pérez



NIÑOS DE LA GUERRA

María del Carmen Pérez

Programa de Acción Formativa en Voluntariado Universitario
de Apoyo a Personas Mayores

Oficina de Acción Solidaria y Cooperación,
Universidad Autónoma de Madrid

Programa de Juventud en Acción, Iniciativa Juvenil

Diciembre 2011



DG Educación y Cultura
Programa «La juventud en acción»



► **ÍNDICE**

PRESENTACIÓN	8
PRIMERA PARTE: Niños de la Guerra.....	9
SEGUNDA PARTE: Juventud y Madurez	33
EPÍLOGO: El Sueño	81

► PRESENTACIÓN

Menchu es el alma de la biblioteca y el corazón del grupo de voluntarias y voluntarios que vamos dos veces a la semana a pasar la tarde con las personas mayores de la Residencia Nuestra Señora del Carmen, que está situada en el Campus de Cantoblanco de la UAM.

Nada más entrar a vivir a la residencia, Menchu se apuntó a todas las actividades que realizábamos con el grupo de Voluntariado de Apoyo a Personas Mayores desde la Oficina de Acción Solidaria y Cooperación de la UAM. Ha participado desde siempre con todas sus ganas y con mucha ilusión, una ilusión que sólo se puede ver en los ojos de niñas o niños, con una fuerza que nos ha impresionado a todas las personas que hemos pasado por el voluntariado y que hemos podido compartir tiempo y buenos ratos con ella. El cariño que nos brinda, nos hace sentir como si estuviéramos en casa de nuestra abuela, y la confianza con que nos trata, nos alegra las tardes.

Sabíamos que a Menchu le gusta mucho leer y escribir, y que escribe todos los días una carta a su querido marido Rafa, al que echa mucho de menos desde que falleció hace ya casi 14 años. También nos contaba que había escrito su historia de vida, su autobiografía. Nos dejó ver sus cuadernos, unos cuadernos repletos de historias muy detalladas sobre su infancia, su juventud y su madurez escritas a mano, con su inconfundible letra proveniente de otra época. Nos quedamos asombradas y asombrados de la cantidad de cosas de las que Menchu se acordaba y el detalle con que las contaba. Lo cuenta tan bien, que realmente uno y una se puede imaginar a una niña de la época de la Guerra Civil Española contar su historia.

Su vida es una vida llena de amor e ilusión, pero también de sufrimiento. Con su espíritu positivo y agradecido parece que Menchu haya conseguido vivir su vida plenamente, a pesar de las dificultades que se han presentado en su

camino. Con escribir su historia de vida nos ha dejado un legado muy valioso, sobre todo a nosotras y nosotros, las y los jóvenes.

Pensamos que de esta historia de vida se pueden aprender muchas cosas y que es un testigo histórico muy importante. Por eso propusimos a Menchu editar un libro con su autobiografía, y ella, como siempre, aceptó con mucha ilusión.

Hemos presentado la idea de editar un libro con la historia de vida de Menchu en un proyecto de la Acción 1.2 del Programa Juventud en Acción, conjuntamente con la propuesta de redactar un libro de cocina con las personas mayores de la residencia. La alegría fue grande cuando nos enteramos que habían aprobado el proyecto. Hemos estado trabajando en los dos libros desde Mayo de 2011 y estamos contentas y contentos de –por fin- tenerlos en nuestras manos.

Isabel Soria Vialas y Miguel Zapardiel Zapardiel, dos personas muy implicadas que participan desde hace años en el Programa de Voluntariado de Apoyo a Personas Mayores de la UAM, se han encargado sobre todo de pasar la historia de Menchu a ordenador, corregirlo y darle forma.

Ha sido un trabajo muy bonito en el que las voluntarias y voluntarios hemos aprendido muchas cosas, no sólo sobre la historia de España, sino también sobre la vida misma. El trabajar con Menchu en el libro nos ha enseñado que, aún en momentos muy tristes y oscuros, se puede encontrar luz y esperanza, que el amor sobrevive en los peores tiempos de guerra y violencia y que hace que la vida pueda seguir adelante.

Muchas gracias Menchu por dejarnos compartir este libro contigo.

Julia Weingärtner
Programa de Acción Formativa
en Voluntariado Universitario de la UAM
Cantoblanco, 10 de Noviembre de 2011

► PRIMERA PARTE: NIÑOS DE LA GUERRA



Foto: Menchu y su hermano adoptivo Enrique, Valencia 1936

Mi familia, en casa

Éramos cinco hermanos, Luis y yo los más pequeños, muy mimados. En 1936 mi hermano Luis tenía once años y yo en junio cumplí los diez.

Contaré antes lo bonito. Éramos una familia humilde pero sin faltarnos de nada, porque mi padre era jefe de una fábrica de muebles muy famosa en Madrid. Vivíamos en la calle Alejandro Rodríguez número ocho, en lo que entonces se llamaba un hotel y hoy se dice chalé, con muchos árboles en la parte de atrás. Teníamos a la salida del patio una parra enorme haciendo arco hasta el final. Tenía unas uvas negras tan ricas y tan bonitas... que a veces cierro los ojos y parece que las estoy viendo todavía. Teníamos dos higueras, que daban higos para todos los amigos, un almendro, dos membrillos y un albaricoque. Siempre nuestros amiguitos venían a jugar allí y algunos se

quedaban a comer con nosotros porque yo le insistía a mi madre. Además, les gustaba mucho subirse a los árboles para coger fruta, sobre todo los higos les gustaban mucho. Eran mis amigos Encarna, Pepito, Salva, Lola y Antonio, amigos también de mi hermano Luis. Todos viven todavía y seguimos siendo amigos.

Esos primeros años fueron todos muy bonitos. Todavía recuerdo que, cuando llegaba la hora de dormir y ya estábamos en las camas, venía mi madre a taparnos y a darnos un beso a los cinco hermanos. Tantos años después pensé siempre que iba a venir a la cabecera de mi cama a darme ese beso.

Cuando llegaban los Reyes Magos, mis tíos y mis hermanos mayores, Julio, Ángel y María, ayudaban a mis padres a preparar las sorpresas para los dos pequeños, y cuando estalló la guerra, yo ya con diez años, fue cuando me enteré de la verdad y ... ¡cómo llore! Ya lo contaré más adelante.

Comienza la guerra

Era mayo del año 1936, tuvo mi madre una pulmonía. Me contaron que tenía que hacer mucho reposo, tenían que pincharla en la espalda todos los días. En julio empezó la maldita guerra. Como vivíamos cerca del parque de la Dehesa de la Villa, al empezar a bombardear por allí (eran las bombas que lanzaban contra la Ciudad Universitaria) nos obligaron a evacuar. Tuvimos que ir a la calle Palencia en Cuatro Caminos, a un piso de dos hermanos de mi madre, Rufino y Andrea, que se habían ido a Barcelona, y fue cuando comenzó el sufrimiento para todos.

En los colegios empezaron a apuntarnos a los niños para llevarnos a Rusia, a Valencia u otros lugares pero mi padre dijo que de ninguna manera nos apuntaríamos. Siempre estaríamos todos juntos.

Ya empezaba a faltar la comida y mi madre, según los médicos, tenía que tener una sobrealimentación, tomar cosas como filetes cuando ya no los había, yo recuerdo que mis dos hermanos mayores, uno con dieciocho y otro con dieciséis años, tenían que levantarse a las seis de la mañana e ir, por ejemplo, a la carnicería a hacer cola, para que no le faltara de nada.

Mi padre es herido

Vino mi tío Rufino de El Escorial para ver cómo estaba mi madre, y por la tarde fue mi padre a acompañarle hasta el Metro de Cuatro Caminos, pues se ya se tenía que marchar. Nos dimos cuenta de que tardaba mi padre mucho en volver, y cuando ya había acabado el bombardeo (que empezó después de que él saliera) le dijo mi madre a mi hermano Julio, el mayor, que fuera en su busca a ver si le veía y así fue.

No le encontró porque habían bombardeado en la Glorieta de Cuatro Caminos, y en las escaleras del Metro no dejaban acercarse a nadie, decían que se fueran todos a sus domicilios, que les llegarían las noticias para saber en qué hospital estaban. A las diez y media de la noche llamaron de la Cruz Roja, Hospital General en la Avenida de Reina Victoria, y dijeron que mi padre estaba algo grave, que fuéramos por la mañana a verle. No sé cómo mi madre pudo aguantar tantas cosas y todas tan malas. Más tarde nos contó mi padre que un poco antes de llegar al Metro empezaron a bombardear y ellos (mi tío y mi padre) corrieron a las escaleras, y cuando empezaban a bajar hubo una explosión tremenda y él ya se desangraba. Tenía metralla en muchas partes de su cuerpo. Lo peor es que le atravesó la femoral y casi se queda muerto en el Metro. Hubo muchos heridos.

Todos los días iban a verle mi madre y mis hermanos mayores, Julio, Ángel y María. Los pequeños nos quedábamos solos en casa.

Mi madre estaba por primera vez sin sus dos hermanos, Rufino y Andrea.

Una noche pasaron los aviones y hubo un bombardeo muy fuerte y al día siguiente, cuando fueron a ver a mi padre al hospital vieron que lo habían bombardeado y les dijeron que ya les avisarían cuando todo se solucionara. No sabíamos dónde estaba porque les habían trasladado. ¡Cómo vi a mi madre! Yo no me enteré de lo mal que estaba hasta que finalizó la guerra.

Ya la llamaron de Murcia, estaba mi padre en el “Balneario de Fortuna”, que lo adaptaron para hospital de los heridos de guerra. Mi padre escribió a mi madre contándola todo, pero que lo principal era que debía apuntar a los dos pequeños, para que nos evacuaran a Valencia, a casa del tío Matías. Tuvimos suerte, pues creo que salía la semana siguiente un viaje a Valencia.

Convento

Nos llevaron mi madre y mi hermano Julio a un convento que había en la Calle de Hortaleza. Mi madre nos había dicho en casa que no nos soltáramos de la mano, que fuéramos siempre juntos, que no nos separara nadie. Mi hermano me agarraba tan fuerte que la mano se me ponía morada. Llegamos allí, era una sala grandísima y muy larga, con una mesa que la dividía por la mitad. Todos los niños se habían despedido ya de sus familias y nosotros seguíamos abrazados a mi madre.

Vinieron las enfermeras y nos llevaron con los demás niños. Cuando empezamos a andar, la enfermera nos dijo que nos volviéramos y que la tiráramos un beso a nuestra madre, pero fue verla y los dos echamos a correr otra vez a abrazarla. Creo que nos contó mi hermano Julio que estábamos como locos. Ya hicieron salir a mi madre y como pudieron nos llevaron con los demás niños. Pienso en cómo tuvo que ser aguantar que se llevaran a

sus hijos sin ella quererlo y... porque yo que ahora tengo un hijo me hubiera muerto en el momento, ¡pobrecilla! Con lo mal que estaba y nosotros sin saberlo. Qué mal lo tuvo que pasar... y mis hermanos lo mismo.

Esa noche cenamos, nos contaron las enfermeras unos cuentos y nos dijeron que subiéramos a dormir. En la sala grande y larga la mesa separaba los colchones de niños y niñas, que estaban en el suelo. Empezaron a nombrar niños porque tenían que pasar a la camita. Nombraron a Luis, mi hermano, y la enfermera se lo llevaba. Mi hermano y yo no nos soltábamos de la mano, pues me la tenía agarrada muy fuerte. Nos quisieron separar y los dos lloramos mucho. Todos estaban acostados y nosotros encima del colchón sentados con una de las enfermeras. Vino una señora mayor, que nunca hemos sabido quién era, pero que fue muy buena, y dijo que ella no se movía de allí y que no íbamos a dormir ninguno de los tres. Al final me llevó a mi cama, esperó a que me durmiera y se marchó. Al rato vino mi hermano, pasando por debajo de la mesa me despertó y me dijo muy bajito que no hablara, pues todos estaban dormidos. Cuando vinieron las enfermeras por la mañana estábamos dormidos juntos, pero fueron buenas y no nos regañaron. A la noche siguiente ya dormía en mi camita y mi hermano desde su cama me hablaba hasta que se dormía (ya fui muy buena).

Fueron cuatro noches y ya un lunes temprano salimos para Valencia en un autocar muy grande. No nos dejaron llevar de casa maleta con ropa porque le dijeron a mi madre que así cogíamos más niños. Sólo llevábamos una bolsa grande blanca con dos mudas y el nombre de cada uno en letras grandes. Nos pusimos de viaje, no sé lo que tardamos en llegar a Valencia porque al ratito de montar ya estaba mareada. Tuvo que venir todo el viaje una enfermera conmigo, cuidando de mí. Me contó mi hermano que solo abría los ojos para vomitar.

Llegada a Valencia

Llegamos a Valencia y nos llevaron a un hotel muy grande, con unas mesas preciosas, con tazas de chocolate y suizos, que a mí me gustaban mucho y que en Madrid ya no había. Cuando terminamos de desayunar, entraron muchos señores en el salón donde estábamos y un señor muy alto y de pelo blanco me dijo que si era María del Carmen. Le dije que sí. Me siguió hablando pero casi no le entendía, porque me hablaba en valenciano. Sí le entendí que tendría que ir con él a su casa. Yo me levanté de la mesa y me fui corriendo donde estaba Luis desayunando, y me agarré a su mano. Cuando me di cuenta, Luis estaba con otro señor que le estaba preguntando, y cuando le miré la cara, ¡qué susto!, ¡parecía una calavera! Tuvieron que ir unas enfermeras responsables de Madrid a explicarnos que íbamos a estar en domicilios distintos.

Era Benetúser donde íbamos a estar, un pueblo muy bonito cercano a Valencia. Nosotros insistimos que íbamos a vivir con mi tío Matías y dimos sus señas de Valencia. Pero no fue así. Nosotros veníamos desde Madrid destinados a la casa de esos señores, José Aznar e Isabel Magraner los míos, María y Eduardo los de Luis, no recuerdo sus apellidos. Eran las dos familias de dinero, la mía de derechas, religiosa, con la que nadie se metía salvo un matrimonio que escupía al pasar por su puerta, y la familia de Luis de izquierdas.

Mi nueva familia

Todos los que vinimos en ese autocar éramos destinados a domicilios de familias muy acomodadas. Mi padre adoptivo me contó que algunos de los chicos con los que venía de Madrid tuvieron que cambiar de familia, porque no se portaban bien. Ellos eran del barrio de Tetuán y a mí, la verdad, me daban miedo, me parecían un poco sinvergüenzas por su forma de hablar.

Pero no les volví a ver.

Yo llegué a Benetúser antes que mi hermano. Cuando paró el taxi en la puerta estaba medio pueblo esperando (creo que era para ver a la madrileña). No dejaré nunca de dar gracias a Dios porque esta fue mi familia durante tres años, la de mis segundos padres y mi hermano Enrique, y para mi seguimos siendo hermanos todavía hoy, en el año 2005, él con setenta y seis y yo con setenta y ocho.

Ya tenían la comida preparada, paella, que era lo que mejor comía, pues fui (luego cambié) una niña muy caprichosa que apenas comía nada. Para que comiera, cuando estaba en Madrid me tenían que hacer un filetito, y ese primer día en Valencia me hicieron comer todo el plato.

Pero lo más importante para mí es, cómo conocí al que luego sería mi hermano para toda la vida, Enrique. No estaba en la puerta esperando como todos, pues era muy vergonzoso y estaba... bueno, yo no sé dónde estaba. Salió la tía Isabel (así es como yo llamaba a mi madre adoptiva) y le llamó: “¡Enriquitoooo!”. Cuando le vi enterar, era un niño muy alto y guapo. Pensaba que él sería un niño muy pequeño porque tenía ocho años. Pero no fue así, yo acaba de estrenar los diez y parecía una enana a su lado.

En la mesa, cuando nos pusimos a comer, yo no le veía bien la cara, pues había un sifón y una botella de vino por medio. Fue una cara tan deformada la que vi tras el sifón, que me entró la risa y a él también, entonces se le quitó la vergüenza. ¡Qué bien no llevamos los tres años que vivimos juntos! ¡Qué bonitos fueron!

Nunca olvidaré cómo me trataron, ¡cómo me quisieron!

Comían en la cocina, ya que era grandísima, cuadrada, con dos ventanas y

una puerta que daba a un patio muy grande. Al final del patio vi algo que me gustó mucho, porque por muy bien que viviera en Madrid, tendiendo de todo, no tuve nunca lo que tuve allí. Era un gallinero con tres pisos, lo veía tan precioso. Cuando venía del colegio y entraba en el patio, las gallinas empezaban a piar, porque me conocían. Bueno, me he perdido un poco... El frente era de alambarrera pintado de cal blanca. En cada piso había pollos distintos. Me llamaron la atención los del primer piso. Eran las gallinas y los gallos muy pequeñitos y bonitos, de raza americana. Luego había gallos, gallinas, pollitos, otro gallinero de gallinas todas blancas y bonitas. También, en una jaula redonda y muy grande había muchos conejos y conejitos de muchos colores, pero los que más me gustaban eran los blancos pequeñitos. ¡Parecían ratoncitos! ¡Qué ilusión me hizo! Me dijo la tía Isabel que por la mañana me enseñaría cómo les daba de comer y cómo limpiaba los cacharritos de beber. Yo quería hacer todo esto.

Un día llamaron a la puerta dos señores y tuve que salir, pues los señores tenían que verme. Estaban enfadados, porque, según ellos, tenía ya que estar en el colegio para apuntarme. La tía les dijo la verdad, que me vio tan ilusionada por ver cómo les daba de comer y cómo limpiaba a los animalitos, que no había dicho nada...

Pero fuimos al día siguiente. Se llamaba el Colegio del Ayuntamiento. Estaba muy cerquita de casa, tenía tres pisos. Era precioso y lo más bonito de todo es que llevaba dos días allí y no habían sonado las sirenas de los bombardeos. La señorita se llamaba Rosario y yo la quería mucho, y ella a mí también.

Olvidé decir que nuestra casa tenía dos pisos y que la vida la hacíamos siempre abajo. La primera habitación era de mis padres adoptivos, que daba a la calle, y la del centro de mi hermano Enrique, con una ventana muy larga en el techo que daba a mi habitación. Todas las puertas daban al salón, un salón larguísimo con grandes mecedoras, sillas, muebles...

Un recuerdo de la primera noche

Y ahora contaré la primera noche. Nos mandaron después de la cena a dormir, ya apagadas todas las luces. Y me dieron ganas de llorar, pues yo esperaba algo. No podía dormir y, aunque flojito, empecé a llorar. Me escuchó Enrique y creo que se levantó y fue a la habitación de sus padres a avisar a su madre. De pronto se enciende la luz y me preguntan, qué me pasa. Le dije que no me podía dormir porque mi madre me daba un beso todas las noches y me tapaba, al igual que a mis cuatro hermanos. Entonces mi tía me dio un beso, me tapó y lo más bonito fue que hizo lo mismo con su hijo Enrique, los tres años. Al pasar muchos años, me dijo Enrique que hasta que llegué yo de Madrid y pasó lo que pasó, nunca por la noche su madre le había tapado ni dado un beso y que a él también le había gustado mucho. Me dijo también que desearon que me quedara al terminar la guerra con ellos, porque la tía Isabel quería haber tenido una niña. Yo nunca me enteré, pero creo que al morir mi madre, ella se lo pidió a mi padre por carta, pero mi padre le dijo que no. Ni me dijo nunca mi padre nada, ni tampoco mi madre adoptiva. Me lo contó Enrique pasados muchos años. Ahora sigo diciendo que se portó como una madre. Lo que no me gustó desde el primer día es que me pusiese unos caracolillos en la frente que parecía la Estrellita Castro. Me daba jabón para que se quedara pegado. Al principio no le decía nada y luego, con el paso del tiempo, ya no me lo hacía.

De Madrid no nos dejaron llevar ropa. Me llevaron a Valencia, me compraron todo: abrigos, faldas, telas para hacerme vestidos..., eso sí, todos los vestidos me los compraban de lunares, que a ella le gustaban mucho. El abrigo era muy bonito pero con un cuello grande de piel y eso no me gustaba, porque parecía mayor. De todas las maneras nunca le dije nada porque ella quería llevarme como una reina.

El mar

El primer domingo de estar allí, fuimos a pescar muy cerca de la playa de Las Arenas, en la Albufera, pues tenía mi padre adoptivo esa costumbre. Yo nunca había visto el mar. ¡Cuánto me gustó! Qué cosa más bonita ver pescar al tío Pepe, cómo tiraba las redes, cómo pescaba los peces y las ranas. Pero no me gustó que al llegar a casa prepararan un tablero grande para matarlos. Eso no lo pude ver nunca. Cuando llegábamos de vuelta, lo primero que hacía el tío Pepe era tender las redes en una cuerda y yo las remendaba, para prepararlas para el domingo siguiente. Esto sí me gustó porque lo aprendí rápido. Después me salía al patio para no ver cómo mataban a los peces y a las ranas.

Todas las novedades, todo lo de la pesca y luego el mar tan bonito a media hora de Benetúser... Si salías, por donde fueras todo eran naranjos, tan preciosos, tan llamativos, tan diferente a Madrid.

Vida en Benetúser

No tengo olvidado a mi hermano Luis. Él vivía muy cerca de nosotros. En frente de mi casa había un campo de recreo, más allá un colegio, a la derecha del campo cruzando la calle un cine, y en la calle del cine vivía mi hermano. Él también tuvo mucha suerte. El señor Eduardo, que tanto miedo me dio cuando le vi por primera vez con Luis, no podía figurarse nadie qué gran persona era y cómo quería a mi hermano. Tenía dos hijas, María y Vicenta, las dos casadas así que no digo nada, mi hermano el rey de la casa. Qué feliz fue también estos tres años de guerra. Nosotros íbamos al mismo colegio, él me esperaba en la esquina y nos íbamos y volvíamos juntos. Todo empezó a ser tan bonito... tuvimos tanta suerte los dos de dar con estas familias tan buenas que nos quisieron y quisimos tanto. A pesar de que hayan pasado tantos años no se nos olvidará jamás.

Siempre teníamos cartas que escribía mi hermano Julio, el mayor, pero mi madre no nos escribía nunca porque estaba enferma. Mi padre desde el hospital de Murcia, en el que trabajaba, nos decía que él se encontraba bien pero que le era difícil volver a Madrid. Ellos escribían a nuestros protectores, o sea, al tío Pepe y a la tía Isabel, que nos leían las cartas; no nos contaban todo pero yo nunca me di cuenta de eso, porque era pequeña.

Pasaron seis meses y todo iba muy bien. Yo había engordado seis kilos porque nos obligaban a comer de todo y si no nos lo comíamos la tía Isabel tenía una correa muy estrecha que nos daba miedo -decía “¡A menjar!”, que es “¡A comer!”, en valenciano-, y entonces nos comíamos todo. La verdad que nunca nos puso la mano encima.

Me llevaron un día a Valencia para que viera a mi tío Matías. Se puso muy contento, pues se dio cuenta de que la familia me quería mucho.

Yo tenía muchas amiguitas de la calle y del colegio a las que enseñé a jugar a las bolas y al “gua” que se llama en Madrid, con las canicas. A mi hermano Enrique no se le daba bien, le ganaban todas las bolas pero también era más pequeño.

Un día me encontré en la calle una cartera, ni la abrí. Lo hizo el tío Pepe y creo que era mucho dinero. Eran billetes. Tres mil pesetas, que por aquel entonces era mucho dinero. Lo llevó al Ayuntamiento y allí leyeron los papeles y supieron quién era el dueño. Era uno de los más ricos del pueblo con muchas fábricas de muebles. A mis padres adoptivos les regaló algo bonito. A mí me llevó al día siguiente a comer a su casa con su mujer y sus dos hijos (niña y niño). Por la tarde nos llevaron a Valencia al circo donde lo pasamos muy bien. Fuimos buenos amigos hasta que terminó la guerra.

Siempre a pesar de que han pasado muchos años, no consiento que alguien hable mal de los valencianos, sobre todo los madrileños, que debemos tener palabras bonitas para ellos y de mucho agradecimiento.

Una visita muy especial

Un día por la mañana, ya en 1937, estando en el colegio llamaron a la profesora, y cuando entró en clase nos llamó a mi hermano y a mí y nos dijo que alguien quería vernos. Nadie puede hacerse idea de lo que fue ver a mis dos hermanos Julio y Ángel en la puerta del salón. Me parecía mentira.

Yo me subí en brazos del mayor y todos nos pusimos a llorar, fue como un sueño, Julio me subió a hombros para ir a casa, porque me encantaba parecer muy alta, tanto como él.

Cuando llegamos, estaban mis padres adoptivos en la puerta, esperándonos para comer. Teníamos que darnos prisa porque mis hermanos tenían que coger un tren para ir a Murcia, no me acuerdo a qué hora salía. Les hicieron un paquete con muchas cosas de alimentos para mi madre, que no la faltara nada en el viaje. Aquí ya me cuesta más trabajo contarlos. Mi madre se quedó en la estación, en Valencia, mientras mis hermanos vinieron para llevarnos a mí y a Luis. Cuando nos vio en el suelo porque estaba en una silla de ruedas, muy delgadita, nos dijo:

-¡Ya me estoy poniendo buena! Vuestro padre me ha dicho que en el hospital me iban a curar en seguida. Y estaremos todos juntos.

No sabe nadie que cuando nos vio, mi segunda madre no sabía qué colocarme para que mi madre me viera guapa. Mi madre le apretaba las manos, incluso le hacía daño y eso que no tenía fuerza, porque quería agradecérselo. Años después, la tía Isabel me dijo cómo se lo agradeció mi madre, al ver lo guapa y lo bonita que estaba.

Llegaron a Fortuna, en Murcia, y allí la esperaba mi padre, ya tenían un edificio donde vivían todos los del hospital, médicos, enfermeros, practicantes, familia y mantenimiento. Para mi padre en el mismo hotel tenían ya habitaciones para

todos. Mi padre estaba en mantenimiento y lo peor, era para hacer los ataúdes para el hospital.

Luego al pasar los años comprobé que habían estado muy bien. El caso es que era bonito donde estaban. Comían con todos los médicos y enfermeras, les querían mucho y le respetaban según mis hermanos y también a ellos.

Después de ver a mi madre en Valencia, creo que estuve bastante triste, pero mis padres adoptivos, trataron de muchas maneras de llevarme a muchos sitios. Fuimos a Tabernes de Valldigna que tenían allí mucha familia y que hay allí unas playas maravillosas y no digo nada... ¡¡Qué huertas y qué naranjas!!

A nosotros no nos faltó de nada, mientras que en Madrid se pasaba mal: había bombardeos, se pasaba hambre... Esto nos lo contaron mis hermanos cuando vinieron a Valencia.

Los Reyes Magos

Ya pasan muchos meses. Pero antes voy a contar algo que fue un poco triste para mí. Fueron las primeras Navidades, más o menos se celebraban como las de Madrid; ya se acababan, quedaba la última, los Reyes Magos, yo no puedo olvidarlo. El día antes viene el tío Pepe, que le esperábamos para cenar y trae dos paquetes, el primero era para Enrique. Saca del paquete una escopeta y una colección de cuentos y le dice:

-Toma, te he comprado esto por los Reyes Magos.

No sé lo que pasó por mí, sacó el otro paquete y me dio un muñeco grande, un Pepón, y otra colección de cuentos; me preguntó qué me pasaba y sólo me atreví a decir “¿No vienen hoy los Reyes Magos?”. Yo me quería acostar pronto y poner los zapatos, que era algo que allí no hacían, y no los pude

poner; me fui a la cama y estuve llorando lo que quise. “La madriles está llorando”, les dijo Enrique a sus padres. “¿Qué te pasa chiqueta?”, me dijo el tío José. “¿Es que no han llegado todavía los Reyes Magos?”, le dije, y él me respondió: “Pues claro, si ya te los he dado yo.”

Y es que en mi casa era muy diferente era una cosa exagerada, con los pequeños, así me enteré con diez años, esos sueños tan bonitos, que nos acostaban nuestros padres tan pronto, de que había que dejar los zapatos en la ventana y luego tenías caramelos en los zapatos.

En casa antes de la guerra, si no recuerdo mal mi padre, mi tío Rufino y mi tía Andrea, que vivían allí con nosotros y mis hermanos mayores Julio, Ángel y Mari, nos contaron, nos preparaban entre todos tantas sorpresas, como el “sigue la flecha”, en la pared, en el suelo, que te llevaba hasta una cama y encontrabas debajo un juguete, yo pensaba que era así en todos sitios, tan bonitas que nunca nos dio tiempo a pensar que no fueran los Reyes Magos de verdad. Y aún hoy a pesar de que tengo muchos años, todavía mi hijo y Yoli, su pareja, siguen dándome sorpresas, con las mismas flechas, para que encuentre los detallitos que me han comprado, en los Reyes como si fuese una niña de diez años, ellos saben la ilusión que me hace. Ya que para Rafa, mi marido, yo era su niña.

De luto

Una mañana antes de irme al colegio, me preguntó mi hermano Luis que por qué había faltado el día anterior. Le conté que me habían llevado a Valencia de compras, a comprarme ropa de invierno, que la tía me compraba todo de lunares, un vestido azul con lunares negros, y por más que yo la decía que a mí no me gustaba esa tela la tía Isabel me la compraba igual. Luis me contó que también a él le habían llevado de compras, le habían comprado un

pantalón de pana negro y unos zapatos negros; nosotros nos decíamos en broma que parecía que nos vestían de luto, y así era. ¡Qué lejos estábamos de imaginar lo que estaba pasando en España!

Jo parlo el valencià

Cuando ya llevaba seis meses en Benetúser, y vinieron mis hermanos Julio y Ángel, yo ya hablaba totalmente el valenciano y mis hermanos no me entendían.

Cuando terminó la guerra tuve que ir al colegio en Madrid, porque me quedaba un año para acabar mis estudios. Fue terrible, me castigaban porque empezaba muy bien en castellano pero rápido me iba al valenciano, porque mis amiguitas eran valencianas y mis padres adoptivos también, además yo estaba muy orgullosa de tener dentro de mí tanto valenciano.

Recuerdo que cuando estaba en Valencia mis amigas salían con un papel y un lápiz y me iban enseñando el valenciano, por ello aprendí tan pronto, y hoy día las sigo dando las gracias, es más, a veces me decían que parecía más valenciana que ellas. Sin embargo a mi hermano Luis no le pasó.

Por el contrario, mi hermano Enrique que no sabía castellano, le fui enseñando yo poco a poco, y la verdad, es que aprendía bien, aunque de una manera graciosa, porque además, al final de las conversaciones terminábamos hablando en valenciano.

El tío José hablaba y entendía el castellano porque era jefe en una fábrica de aceite de oliva cerca de Valencia, la tía Isabel también lo entendía pero no lo hablaba, y Enrique, como digo, no lo entendía ni lo hablaba hasta que yo le enseñé.

El bombardeo de Benetúser

En los tres años que estuve allí sólo hubo un bombardeo. Creo que llegó un barco grandísimo lleno de gasolina y explotó y no sé por qué, pero fue terrible, se veían las llamas desde Benetúser y no pudieron apagarlo en muchas horas, y eso que estaba en el mar. Por altavoces nos decían que nos metiéramos en los refugios, lo pasamos muy mal, yo casi me había olvidado de las sirenas, que tanto miedo me daban (porque en Madrid las sirenas anunciaban también los bombardeos).

El bombardeo duró mucho y trajeron unos colchones para que durmiéramos en ellos los niños. No digo nada cuando me tumbaron y vi que el techo era de tierra y estaba sujeto por unas tablas de madera, empecé a llorar y mis padres tuvieron que sacarme del refugio y llevarme a casa y allí poner un colchón debajo de la escalera. ¡Qué buenos fueron! A Enrique en cambio no le dio miedo y se quedó. Fue un bombardeo grande y duro, ya que duró toda la noche, el único que hubo en Benetúser. Sólo sé que fui una miedosa y mis padres de allí tuvieron que aguantar conmigo.

Marchamos

En 1939 ya todo parecía que terminaba, pues había un mapa de España en la fachada del Ayuntamiento y se veían todas las provincias, yo no lo entendía, pero la guerra seguía, continuaba el mapa, estaban los pueblos unos en rojo y otros en negro, yo sí veía que se apoderaba el negro, que eran los que ganarían la guerra.

Un día, estaba Enrique con mucha fiebre, pues tenía muy a menudo anginas, yo le estaba leyendo un TBO, y, de pronto, paró un coche en la puerta y entró una enfermera. Estuvo mucho tiempo en el salón de la entrada hablando con

los tíos José e Isabel. Al rato me llamaron a mí, era para decirme que al día siguiente teníamos que irnos con ella, mi hermano Luis y yo, para llevarnos a Murcia -lo estoy contando y me tiembla todavía la mano-. Traía muchos papeles firmados de mi padre, dando el consentimiento para que nos llevara esa enfermera que, por cierto, no nos gustó ni a Luis, ni a mí.

Como fue todo así, tan rápido, no queríamos irnos con ella aun con todas las ganas que teníamos de estar con nuestros padres y hermanos. No puede figurarse nadie el dolor que nos daba dejar a nuestros padres adoptivos. Mi hermano Enrique, cómo lloraba desde que se enteró, y cómo lloraba yo. Fue terrible pensar que al día siguiente nos llevaban.

Serían las diez de la mañana cuando vino otra vez la enfermera, llevábamos dos maletas cada uno; lo pasamos muy mal todos en la despedida. Y en la despedida estaban nuestra familia y niños del colegio, y todos nuestros amiguitos, pero el “principal” (como a la llegada), seguía con fiebre en la cama. Y cómo lloraban mis padres de tres años, que tanto cariño me había dado y tan bien me habían tratado. Nos llevaron a la estación.

No sé qué pasaría pues no eran trenes normales, eran vagones de mercancías, con mantas en el suelo y así íbamos todos sentados; yo me creía que había terminado la guerra, pero tardó tres meses en acabar.

La enfermera no era muy agradable, entonces nos lo pareció a los dos, pero hoy que lo escribo pienso que era un CARDO. Ella sólo quería que nos durmiéramos: lo consiguió. Ya cuando íbamos llegando a Murcia empezó a hablarnos un poco, y fue para decirnos: “¿Hace mucho que no veis a vuestros padres?” Dijimos que tres años. “¿Tenéis muchas ganas de ver a la madre?”. Le dijimos que sí. Y la contestación de ella fue: “Vuestra madre hace más de dos años que ha muerto”. ¡Así fue de bruta!

Mi hermano me abrazó y yo a él, estaba la puerta del vagón un poco abierta y quise tirarme del tren junto con Luis, que me llevaba abrazada. Al pasar los años él me dijo que pensó lo mismo.

Esto no se nos ha olvidado ni se nos olvidará en la vida, y han pasado muchos años, pero sigo acordándome como si hubiera sido ayer.

Llegamos a la estación de Murcia, allí estaban mi padre y mis hermanos, todos de luto. Julio y Mari, con una franja negra en el brazo, que no sabía yo qué era, y mi padre, que también llevaba una bufanda negra grande, pienso qué mal lo pasarían, todos allí llorando, mi padre pensaba que no sabíamos lo de mi madre, y por ello nos contó muy triste que nuestra madre había fallecido, lo pasamos muy mal.

Fortuna de Murcia

En el balneario Fortuna de Murcia (que tenía el mismo nombre que el pueblo en el que estaba), ahora era un hospital y nosotros allí nos encontrábamos.

Luis no se acostumbraba y estaba muy triste, estaba muy enmadrado y al no estar mi madre no quería estar en Fortuna, tampoco tenía allí amiguitos, total que al final, cuando él escribió a sus padres adoptivos, y les dijo que quería volver con ellos, ellos sin dudarlo le dijeron que sí. No sé quién le llevó de nuevo a Benetúser, creo que fue un amigo de mi padre que vivía allí. Nos escribió Luis desde allí, y nos decía que estaba muy contento de estar allí.

Yo empecé otra vez a estudiar, el colegio estaba muy cerca, justo enfrente, cogí mucho cariño a mi profesora.

A mi padre le querían todos mucho, desde el más importante del hospital, hasta las cocineras, que siempre le mandaban cositas muy ricas de comer para los pequeños que habíamos llegado de Valencia. Allí decías: “Somos las hijas del señor Julio” y nos trataban muy bien, nos querían mucho.

Luego pasados algunos días empezaron a ensayar una obra de teatro que iba a hacer el personal del hospital, la obra se llamaba Los Claveles. A María y a mí nos dejaban estar en todos los ensayos, que eran por la tarde. La primera función se hizo y quedó muy bien, luego hicieron El Manojito de Rosas y después La Verbena de la Paloma, todas tuvieron mucho éxito, nos aprendimos todas las canciones y casi todos los diálogos, y hoy todavía canto todas las canciones.

Otra cosa que ahora me da risa, es que cuando se estrenaban las obras en las taquillas había unas colas enormes, no sé si era porque éramos pequeñas, pero nos dejaban llegar a la taquilla las primeras y decíamos “Somos las hijas del señor Julio” y ya nos tenían reservadas las butacas en las primeras filas.

Ya todo comenzaba a verlo más bonito en Fortuna, y esto me ayudó mucho por esa pena que por la noche tenía. Pensaba que ya estaba con los míos, pero no podía olvidarme de mis padres adoptivos y de mi hermano Enrique.

Las cartas llegaban mal, parecía que ellos no me escribían y yo no sabía el motivo, aunque luego lo supe. La tía Isabel quería quedarse conmigo y se lo dijo a mi padre, que no quiso, y yo creo que mi padre se enfadó por eso. Más tarde empecé a escribirme con Enrique y con ellos. Había días que lo pasaba muy mal, porque me acordaba de todo lo que hacía allí y de lo bien que me lo pasaba con Enrique cuando yo defendía a mi hermano, le ayudaba a hacer los deberes, y jugábamos mucho a las bolas.

Vuelvo a Fortuna. Estando en el colegio, una mañana me llamaron para que fuera al hotel donde vivíamos, había mucha gente en la puerta, y muchas

enfermeras, pero no me extrañó porque allí vivía todo el personal que trabajaba en el hospital. Entré, y por la forma en que me miraban comprendí que pasaba algo, llegué al primer piso, mi hermana Mari estaba llorando y en ese mismo momento llegó mi hermano Julio con ropas y muchos papeles, no vi a mi padre, y es que le habían tenido que atender en el hospital, porque le habían dado la noticia de que a mi hermano Ángel le habían matado en el frente, muerto como tantos en un bando y en otro.

No quiero meterme en este tema tan desagradable y tan duro, lo que sí quiero decir, es que mi hermano siempre fue muy bueno, él no quería que a mi padre le faltara de nada. Al día siguiente de enterrar a mi madre, Ángel se escapó a Murcia para alistarse y poder enviar a casa lo que ganara en el frente. Le avisaron a mi padre y uno de los médicos le llevó a Murcia en su coche a buscar a mi hermano, pero cuando llegaron ya había salido y no sabían en qué frente estaba. Cuando llegué de Valencia me enseñó mi padre muchos billetes y me dijo “Mira hija, son las pagas de tu hermano Ángel, me las manda todos los meses, pero yo se las guardo a él porque no hace falta gastarlas”, esto no se me olvida. Mi hermano pensaba que ya la guerra iba a terminar, y él seguía guardando el dinero para mi padre, y me acuerdo que cuando terminó la guerra, a los dos meses, todo el sacrificio de su hijo, no sirvió de nada, pues mi padre quemó todos los billetes, porque ese dinero no valía nada.

El fin de la guerra

Yo no sé cómo terminó la guerra, se veía venir, yo recuerdo que estábamos en la terraza del hotel, que daba a la carretera principal que bajaba al hospital, y de pronto se oyó un ruido fuerte y extraño, eran camiones, muchos, llenos de militares, con banderas, cantando, y al pasar había que estirar el brazo.

Los militares pasaban, recuerdo que había una señora mayor, con el pelo blanco, delante de mí, no sabía qué pasaba y la pobre levantó el puño cerrado, y uno de los que iban en el camión le dio un golpetazo en la mano. Así yo me enteré del final de esta guerra. ¡Así!

Todo fue un auténtico revuelo, eso sí, cada uno de los empleados y familiares tuvieron que salir al día siguiente, rápidamente volver a sus provincias.

Nos llevaron a todos en coche a la estación de Murcia. Nosotros tuvimos suerte, porque una cocinera nos hizo un cordero frito para tener para el viaje, nos lo puso en dos pucheros grandes o eso me parecía a mí, porque pesaban y abultaban mucho.

Vaya viaje que tuvimos, y qué ruidos hacían los pucheros. Doy gracias a la cocinera y al marido, que era el que tenía los corderos; la pareja era de Fortuna y nos querían mucho, ya han fallecido los dos. A mi padre y hermano los trataron muy bien hasta última hora.

Vuelta a Madrid

El viaje a Madrid fue duro, triste y feo, allí quedaba mi madre, allí perdimos a mi hermano Ángel, pero allí en Fortuna también ¡trataron muy bien a mis padres y hermanos!

Olvidaba decir, que cuando mi madre murió, estuvo hasta última hora con todo su conocimiento y sabiendo que se moría, y como los dos pequeños estábamos en Valencia, nos llamaba todo el rato, y sólo decía “Mi Pirri” (a mi hermano) y “mi niña” (a mí). Y así hasta que Dios se la llevó.

Antes de esto, como mi padre ya sabía por los médicos que mi madre se marchaba, le dio tiempo a hacerla el ataúd, el personal decía que era el más

bonito que habían visto, mi hermano Julio creo que lo pasó mal.

Ya todo pasó, pero las guerras son muy ingratas y con mi familia lo fue mucho.

En el viaje, fuimos otra vez en vagones de mercancías, íbamos en el suelo, con gentes de todas las edades, niños, pocos. Yo me acuerdo que iba mi padre sentado en el suelo, como nosotros, y él estiraba las piernas y cada una poníamos la cabeza en un muslo, que hacía de almohada, y así creo que dormíamos y debíamos de estar cansadas, porque mi padre nos contó que no nos despertamos hasta que paramos. Iban a hacer una parada, sobre todo para que fuéramos al baño y para lavarnos un poco, siempre paraban tres o cuatro horas, siempre en campos, con algún riachuelo, para que nos laváramos.

Tardamos dos días en llegar a Madrid. El viaje fue terriblemente feo y sucio, un día estuvimos parados cuatro horas, no sé el motivo, quizás mi padre sí lo sabía, a lo mejor era que no había terminado la guerra del todo por aquellos pueblos por los que teníamos que pasar. Encendían hogueras con ramas, y allí calentaban comidas que llevaban, pero no había nada de pan, y menos mal que en una estación nos dieron bastante agua para beber. Después de este viaje tan desastre llegamos a Madrid.

Madrid, 1939

Cogimos un taxi que nos llevaría a nuestra casa de Alejandro Rodríguez número ocho (yo le daba instrucciones al taxista toda ilusionada, le decía “Siga, vaya por esta calle y enseguida a la vuelta ahí está el hotel”, mi padre recordaba más tarde al taxista por la paciencia que tuvo, y porque no quiso coger la propina, que le obligó él).

Ya la calle anterior a la nuestra, la vimos un poco fea, al dar la vuelta era nuestra casa. Cuando llegamos no nos lo lo creíamos: estaba toda derrumbada. Habían bombardeado nuestra casa, pero otras que estaban cerca no las habían tocado nada. Sólo quedaban las paredes de la entrada, las ventanas, las verjas y nada más; montones de escombros, pero ningún mueble, nada. Yo crucé todos los escombros para llegar a la parte de atrás que era el patio de los árboles. Tan inocente como siempre, pensé que iban a estar mis uvas, mis arbolitos; con tantos niños del barrio que venían a jugar y yo les dejaba subirse a los árboles. “Dios mío”, qué horrible ver aquello, dicen que me senté en el suelo y no había manera de que dejase de llorar. Ya me tranquilizaron, y me acordé de mis cacharritos, de jugar a las casitas; eran de aluminio; la cocinita estaba debajo de los escombros, estaba rota, pero todos los pucheritos, platos y cucharitas, como un milagro, estaban relucientes como si los acabara de comprar. Aquello, decía mi familia, parecía un milagro, y a pesar de que tenía doce años, todavía jugué con ellos. Todo se acabó aquí. Tantos sueños, pensando que algún día estaríamos toda la familia junta como decía mi madre.

► SEGUNDA PARTE: JUVENTUD Y MADUREZ

Vuelta a empezar

En la zona de Estrecho, en Jerónimo Llorente número cincuenta y cuatro, alquiló mi padre un piso y empezamos de cero. Tuvimos que comprar de todo. El piso no me gustaba, era un segundo interior, no se veía nada más que cemento y ventanas del piso enfrente, yo que soñaba con mi parra, con las higueras, con todas las frutas que allí había; y qué pena, se quedó en nada. ¡Nuestro hotelito tan precioso!

Mi padre se colocó en seguida de encargado general en una fábrica muy grande de muebles muy cerca de casa. A Luis, cuando llegó de Valencia, le colocó mi padre en la fábrica, de aprendiz. María se empleó en una fábrica de conservas. A Julio le volvieron a coger en la empresa en la que había trabajado, una casa de seguros grande. Yo tuve que ir otra vez al colegio de la calle Alejandro Rodríguez, y encima tenía que ver desde las ventanas del colegio mi casita, bueno, los escombros; los tuve que estar viendo el año que me quedaba de colegio. Lo pasé mal, además, porque el valenciano podía más que el castellano, y me castigaban porque terminaba siempre hablando en valenciano.

Ya pasados unos meses, vino mi tía Andrea a cuidarnos; era hermana de mi madre casada con mi tío Ricardo, que fue al frente y fue de los primeros a los que mataron en la Cuesta de las Perdices, en Madrid (él y sus compañeros estaban arreglando los postes de la luz). Mi tía Andrea se quedó viuda muy joven, con dos niñas: Loli y Pili. Vino a casa porque mi hermana Mari era pequeña todavía para llevar una casa. Se notó que había llegado ella, la casa ya era otra. Todos la hemos querido mucho desde pequeños.

Cuando yo era pequeñita, con dos años, ella, que era muy buena sastra, madrugaba para coser a máquina, así que creo que yo cuando la oía lloraba

y mi madre me tenía que levantar y atarme a la sillita y me quedaba con ella. Andrea era mi madrina y la he querido siempre mucho.

Al principio, cuando vino, después de terminar la guerra, a Jerónimo Llorente, al piso feo, tuve “pelusa” de mis primas, porque yo siempre había sido la más mimada... Se me pasó porque ya tenía doce años. Mi tía era buena con todos; juntos, los primeros años de la posguerra fueron muy duros, horribles, pasamos, sobre todo los madrileños, hambre. Daban una barrita de pan y yo quería comérmela por la mañana, en cuanto traían el pan, pero no me dejaban, nos lo hacían en cuatro raciones para todo el día.

El título de modista

Ya fue pasando el tiempo y cumplí catorce años. La tía Andrea quería que yo fuera modista, porque sabía que a mí me gustaba verla coser. Unas semanas antes de terminar el colegio, vinieron por las tardes unas profesoras de corte y confección de Acción Católica, que daban una hora de religión y otra de corte y confección, y a mí esto se me daba de miedo: aprendí en seguida. Estaban encantadas porque se me daba muy bien; yo sacaba los patrones por la noche, cuando ya estaban todos acostados.

Una noche había un retal para un vestido para mí, para cuando me dieran el título, pero yo no me esperé, le corté y le puse a prueba. Le puse en una percha para que nada más levantarse mi tía le viera y llevarle para que me lo probara la profesora. Pero cuando me levanté ya me dijo la tía: “¿Has visto que tienes el mismo escote en la espalda que en el delantero?”. Tan contenta como estaba yo... Me dijo que no me preocupara, porque pondríamos un canesú en la espalda y con su pequeño escote, no pasaba nada. Me dijo que de todas formas estaba muy contenta porque yo iba a valer para el oficio.

Entonces pasó lo siguiente: las señoritas que nos enseñaban el corte dijeron que ya no podían dar más clases, y una profesora dijo que ella tenía una academia en Sol, en la calle de las Huertas; llevabas trescientas setenta y cinco pesetas y te daban luego el título, pero no había para pagarla, imposible pagar eso. Entonces le dije a mi tía que yo vendía la ración de azúcar de todo el mes para pagarlo, y ya casi tenía. ¿Sabéis qué hizo ella? Dijo que también vendía la suya, y con esto tuve para las clases y también para pagar el viaje en Metro durante el tiempo que estuve yendo, y pasando un poco de tiempo ¡me dieron el título!

La casa de modas

En Reina Victoria número cuarenta y tres, no se me olvida, me coloqué de modista aprendiz; tenía unas compañeras muy buenas.

Un día, la tía nos llevó a comprar calzado y nos encontramos a una prima de mi tío Ricardo, el marido de mi tía Andrea; le dijo que yo era aprendiz de modista y resulta que Teresa, que así se llamaba, era jefa de una casa de modas muy importante, Emanuel. Me colocaron allí de aprendiz y estuve con ellas diez años, hasta que me casé. Estuve muy contenta. Fueron años muy bonitos, todos fuimos haciéndonos mayores y ya volvíamos a vivir bien, a tener caprichos, y mi tía, además, sabía administrarlo todo muy bien.

Quiero contar otra cosa. Mi padre se casó con mi tía; él se puso muy pesado, bueno, él la quería mucho, pero ella tenía quince años menos que él, y ella lo hizo por nosotros; sabíamos que ella se acordaba del tío Ricardo, pero siempre respetó a mi padre hasta el final, y eso los hijos no lo hemos olvidado.

Yo no soy orgullosa, pero eso sí, dicen que era una buena modista. Llevábamos los mejores vestidos de toda la calle Jerónimo Llorente, mis

primas, que eran para mí como hermanas, y yo; la gente se asomaba a los balcones a las horas que íbamos a pasar para ver el modelo que llevábamos, eso todo es pura verdad, y si íbamos a alguna boda, sin miedo que ninguna llevaba el mismo modelo puesto, que todo era de la casa de modas.

Por ello, a todas mis hermanas las hice el traje de novia, y también a mi cuñada Julia, que era la novia de Luis. Julia fue la primera y Mari la segunda en casarse; con su traje me ayudaron unas compañeras del taller, se lo hicimos el fin de semana porque no podíamos ninguna ir a trabajar a la casa de modas a hacerlo, fue muy guapa. Ahora, el de Loli fue precioso, se llevaban los encajes y con vuelo, llamó la atención. El de Pili fue más sencillo, porque entonces se llevaba el otomán, que es un género muy fino y bonito, ya con nada de cola. Todos fueron muy bonitos. El mío lo hicieron la jefa que era Teresa, y mis compañeras África e Isabel; ya contaré más tarde la historia de mi traje de novia. ¡Eso sí! Nunca más, desde que me hice modista, supe lo que era acostarme a una hora normal, antes de las dos de la madrugada, y algunos días he ido al taller sin acostarme. Me decía la jefa: “Si me traes este vestido terminado, te lo pagamos muy bien”, y era verdad. Ese dinerito ya me lo dejaba la tía para mí, para comprarme lo que quisiera, pero luego más tarde fue para el ajuar. Bueno, antes tenía que tener novio.

Éramos un grupo de amigos

Éramos un grupo de chicos y chicas, todos (menos Alberto y Enrique que eran de Tirso de Molina) de Cuatro Caminos, y todas las chicas trabajábamos de aprendizas. Bueno, todas no, había una chica que se lo tenía muy creído, porque a ella el papá, como ella le llamaba, no la dejaba trabajar, y se pensaba ella que era más que ninguna, porque ella no trabajaba; se la podía llamar una “niña pija”, como dicen ahora. Se llamaba Salo, y siempre estaba hablando de

su papá que tenía un taller de ebanistería y de sus hijos que trabajaban con él; hablaba mucho de su hermano, que era un fuera de serie, sabía de todo, hacía de todo. Era una pesada con el hermanito. Los domingos los pasábamos en grupo, muy bien, nos teníamos un cariño sano. Por lo regular íbamos a la Casa de Campo y nos llevábamos la merienda, y otros días nos íbamos a la Dehesa de la Villa, que a nosotras nos venía mejor. Algunos (chicos y chicas) tocaban guitarras y bandurrias. Alberto, que tocaba la bandurria, era un chico muy bueno y supereducado; vino una Navidad con su amigo Enrique, vivían en Tirso de Molina y los dos trabajaban en oficinas de seguros. Venían un poco pijos siempre con su traje y sus corbatas. Nosotros íbamos de sport, ya que a diario íbamos muy arregladas y lo agradecíamos. A todos nos caían muy bien, eran buenas personas. A mí me gustaba Alberto, pero no quería novio, y, aparte, me gustaban los chicos altos y él era como yo. Él me escribía unas poesías muy bonitas. Cada domingo que venía a tocar, tenía un traje distinto, y sus padres tenían dos pastelerías, eran gente de dinero; no me importaba. Él seguía escribiéndome cosas muy bonitas que me gustaban mucho, pero yo no era para él.

Rafa

Un domingo estábamos bailando los amigos en la Dehesa de la Villa, y yo desde allí veía a tres chicos tumbados en la hierba. Uno no hacía más que mirarme, y, la verdad, me estaba poniendo muy nerviosa.

Cuando el baile se estaba terminando, vi a mi amiga Bibi, y le dije que había un chico que me está poniendo nerviosa, porque me miraba mucho. Entonces empiezan a tocar una nueva canción y me dan en el hombro y me dicen: “¿Bailas?”. Es el mismo chico que me miraba, y cuando de repente me coge de la mano, para bailar, ¡yo no sé lo que me pasa! Me doy cuenta que

él es el hermano de la pija. Se llama Rafael, es muy alto, muy guapo, educado, y eso sí, mucho más sencillo que la hermana.

Al día siguiente tenía que ir a entregar un traje a la calle Serrano, y Salo, la pija, me dijo que me acompañaría. Fui a buscarla y antes de llegar al portal de su casa, me salió su hermano Rafa al encuentro. Me dijo que la había castigado su padre porque llegó a las nueve y media, y no la dejaba salir aquel día el papá. Me dijo Rafa que si quería, que él me acompañaba; me pareció bien. Entregué el traje y ya veníamos en el Metro por la línea de Quevedo, antes de llegar a la estación de Cuatro Caminos, que hay una curva muy grande, y casi me caigo; me pude agarrar a una barra que llevaba en el centro, y a Rafa le pasó igual, se pudo agarrar, pero sin querer puso su mano sobre la mía, y la verdad que en ese momento supe que Rafa era el hombre de mi vida. Sin tener tantos trajes ni tanto dinero, Rafa era el chico con el que yo soñaba.

Teníamos la misma edad, pero él siempre parecía mayor; siempre ha sido muy formal. Todo lo ha solucionado sin darse importancia ninguna. Me ha querido tanto, me ha respetado los ocho años de novios, sin hacer lo que él sabía que no debía de hacer, porque se lo prometió a mi padre.

Llevábamos de relaciones sólo siete meses, cuando tuvo que ir al servicio militar, le tocó ir a Burgos. Nos escribíamos todos los días, fue en el año 1947 y no teníamos teléfono. Lo único que me hizo prometerle fue que en los dos años no fuera a ninguna reunión a bailar con nadie, pues bailar nos gustaba mucho a los dos y ganamos varios concursos. Él, más listo que yo, llamaba a su hermana Pilar, para que todos los domingos me invitara a comer y así no fuera a bailar. Así fue y luego Pilar para mí fue como una hermana. Ella ya tenía un hijo, Angelito, de sólo tres años, y Juan Ángel, el marido de Pilar, muy buena persona, trabajadora al máximo. De día trabajaba en correos y de noche en el Metro. Esos dos años que Rafa estuvo en la mili, fue tanto el cariño que nos dimos mutuamente que ha durado hasta el final.

Enlaces

En casa de mis padres, primero se casó mi hermano Luis con Julia, tuvieron una niña, Mari Pili. La segunda en casarse fue Mari, que se casó con Pepe, sólo estuvieron dos años de relaciones; tuvieron dos hijos, Ángel y Carmina, de esta última fuimos Rafa y yo los padrinos. Luego me tocó a mí, pero me quedo la última porque tengo muchas cosas que contar. Loli fue la cuarta, tuvo dos niños, Ricardo y Álvaro. La más pequeña, que era Pili, fue naturalmente la última en casarse. Tuvo tres niños, Amapola, Raquel y Sergio, todos guapísimos. Yo me quedo la última porque soy más complicada.

Me casé después de ocho años de novios que fueron muy bonitos y sobre todo queriéndonos mucho. Íbamos ya pensando en casarnos, cuando Rafa empezó a hacer algunos muebles para la casa que aún no teníamos. El padre de Rafa tenía un taller de ebanistería, todos los hijos trabajaban en el taller: Gerardo, Rafa, César y el más pequeño, Ramón.

Preparamos la casa

Rafa, por la tarde, cuando dejaban todos de trabajar, se ponía con nuestros muebles. Empezamos a buscar piso pero lo difícil era que nosotros lo queríamos por la zona norte. Nos costó mucho tiempo encontrarlo porque queríamos un hotelito (un chalé) que tuviera árboles, que me recordara donde yo nací y que la guerra maldita hizo escombros. Lo encontramos en Peña Grande, me dejaba el tranvía en la calle de mi casa y más tarde el autobús. Por esa zona sólo había hoteles para veranear sin necesidad de salir de Madrid, luego fue toda la zona de Puerta de Hierro, pero en el año 1954 eran sólo hoteles (chalés) de una sola planta.

Rafa hizo todo muy bonito. Estrenamos nosotros la casa, los caseros Antonio y Lucita, vivían a nuestro lado. Daba a dos calles: enfrente estaba la calle del ambulatorio y en la entrada principal la calle Isla de los Galápagos, veíamos todo el barrio del Pilar y la Vaguada. Todo esto ya empezó dándome unos años muy buenos.

Rafa me hizo una habitación preciosa, el cabecero de la cama llamó la atención, era tapizado en terciopelo azul, como las cortinas y el edredón. Él talló todos los muebles de la habitación, todo lo hizo él y todo de nogal: el armario de cuatro cuerpos, el comodín y las mesillas, el marco del comodín estaba lleno de caracolas talladas. Mi padre y su padre, tan buenos ebanistas que eran, cuando lo vieron se quedaron de una pieza.

Los muebles del cuarto de estar eran de madera de haya, de un color muy claro, que empezaba a ponerse de moda, y como era tan manitas le quedó precioso, todo muy sencillo. Lo estoy viendo todavía. Todo estanterías muy graciosas para libros, teníamos una mesa redonda, el tablero de arriba por donde salían las faldas era de madera haciendo ondas, quedó precioso. Hizo él las sillas, su padre quería que nos las hiciera un sillero que trabajaba con ellos, pero él no quiso, todo me lo quería hacer él solo; las tapizamos con estampados, que se llevaban mucho, de flores muy exageradas y chillonas; llamaba la atención y donde lucía más fue en las faldas de la mesa y en las sillas. Y no digo nada de cómo quedaron los dos sillones, eran dos sillones de oreja, altos, así que su padre y el mío cuando lo vieron le dieron un ¡hurra! Rafa era un buen dibujante de muebles, de verdad que todo lo que se ponía a hacer lo hacía bien, tenía un don que sólo se lo había dado Dios.

La primera cocina fue más sencilla, era muy grande. La puerta de atrás daba a ese jardín que tenía ocho árboles, que todavía no daban frutos, pero, con los años, aquello se convirtió en un paraíso, pues raro era el domingo que no venían de doce a catorce familiares a visitarnos, era como tener un

chalé en la Sierra. Íbamos por la cocina. Esta tenía un fogón muy grande con la carbonera y abajo todo baldosines blancos, un horno muy grande y unas arandelas que pesaban mucho, yo casi no podía manejarlas y se me daba muy mal encenderla, me enseñó Rafa. No había calentadores ni calefacción, pero la verdad que cuando las arandelas de la cocina se ponían rojas, a veces teníamos que abrir la puerta que daba al patio, y cómo se calentaba el pasillo; sin embargo el primer invierno pasamos mucho frío. Teníamos un pozo en la salida, qué agua más rica que teníamos, de los alrededores venían aquí para beber agua, y rápido hicimos muy bonitas amistades.

En la cocina sólo teníamos una mesa blanca larga con cuatro sillas, dos armarios colgados y pegados al fogón. No teníamos nevera, pero Rafa nada más casarnos fabricó una (aquí estoy en el año 1954, que la cosa estaba muy difícil). Me hizo una nevera preciosa de madera por fuera, en el interior sé que era toda forrada de aluminio, arriba cogía en el congelador casi una barra de hielo, no sabe nadie el éxito que tuvo. Mis vecinas tenían tres niños, Antonio, Tito y la pequeña Mariluz, a ellos sí que les vino bien, pues metían todos los alimentos de los niños, que eran pequeños; siempre que nos venían a ver, ya mayores, se acordaban de la famosa nevera. Menos mal que al pasar los años gracias a Dios tuvimos de todo. No cuento más ahora de la casa, lo que sí digo es, que al pasar los años todo con más lujo, todo quizás más lucido pero mis cositas primeras hechas con más sacrificio, no las hubiera cambiado por nada del mundo.

Nuestra boda

En febrero de 1954 ya teníamos todo terminado, el piso ya estaba preparado para casarnos. Yo desde jovencita siempre dije que el día de mi boda sería el 16 de julio, Virgen del Carmen. Rafa no me quitó la ilusión, y también a la

jefa de la casa de moda la vino muy bien esta fecha, ya que teníamos todas permiso. Fueron días de muchos nervios, tuve que hacer vestidos para mis hermanas, para mi tía, ellas me ayudaron mucho. Estuve cuatro noches sin dormir, la tía y mis tres hermanas también se acostaban muy tarde. María (mi hermana), que ya estaba casada, tenía a Angelito, y se iba cuando venía mi cuñado Pepe a buscarla. Loli y Pili tenían que ir al día siguiente a trabajar, estaban de cajas, una en El Corte Inglés y otra en Galerías Preciados, en una zapatería de mucho lujo que se llamaba Lola.

Antes de la boda, a mí me dieron ocho días de vacaciones, las jefas no pudieron darme más, pues estábamos al final con muchas prisas, pues a primeros de agosto nos daban un mes de vacaciones. Hicimos una despedida con mis compañeras, mi jefa Teresa, Victoria, las principales, África, Isabel, tengo recuerdos muy bonitos ya que fueron casi diez años que estuve con ellas.

Me hicieron el traje de novia que llamó mucho la atención, y ahora contaré por qué, no porque luciera más que el de mis hermanas, pero sí fue el más criticado.

Las familias, de Rafa y la mía, eran muy grandes y teníamos muchos amigos, en total eran trescientos invitados. Lo celebramos en Angulo Biarritz, todo salió muy bien. Rafa más contento que yo, porque a él no le faltaba ninguno de los suyos, y yo sobre todo cuando nos estaban casando en la iglesia de los Ángeles (en Cuatro Caminos; allí estamos bautizados los cinco hermanos, casados mis padres y todos nosotros, menos Pili que se casó en la iglesia de San Antonio), me puse triste, porque me estaba acordando de mi madre y de mi hermano Ángel, me emociono ahora al recordarlo.

La madre de Rafa fue la madrina, iba muy guapa, toda de negro, con una mantilla de encaje preciosa. El novio Rafael, no digo nada, lo guapísimo que

estaba, él también cuando salí del coche me dijo “¡Qué guapa estás!”. El padrino se llamaba Ángel, muy amigo de los dos, pero más de Rafa, pues eran amigos de toda la vida. Ángel se fue a vivir a Venezuela, pues tenía su padre una fábrica allí. Siempre decían que serían padrinos unos de otros cuando se casaran, y a pesar de que hacía cuatro años que Ángel se había marchado, cuando le mandamos la invitación rápido contestó que venía; que él era el padrino, y que nos pagaba la mitad del convite y de todos los gastos de la boda pero... que la noche de bodas la tenía que pasar con nosotros; pensamos que sería una broma. El padrino estaba guapísimo también con su esmoquin y su pajarita. La verdad, la boda creo que fue muy bonita, todo lució mucho, menos mi traje, hasta la hora que empezó el baile. A las seis de la tarde fue el convite porque era merienda cena. Mi traje era precioso, de raso brochado, era recto pero luego llevaba una sobrefalda y de ahí salía la cola, diez metros de doble ancho. El vestido llevaba una torerita o chaquetita ajustada a la cintura, tenía un cuello redondo, parecía una niña buena cuando nos sentamos en el banquete. Por orden de la jefa, Teresa, vinieron dos oficialas para quitarme la torera, yo las dije que no, que esperaran que terminara la cena, cuando empezara el vals. Cuando iba a empezar el baile, me daba miedo quitármela, porque mi padre fue siempre muy bueno pero muy serio. Ya vienen otra vez todas las compañeras, y hacen un corro y Rafa y yo en el centro, me quitan la torera y empieza el vals y salimos Rafa y yo bailando. El traje era precioso, un palabra de honor con un tirantito, como un traje de noche, pero demasiado moderno para la mentalidad de algunas personas mayores que allí había. Termina el vals, y viene mi hermano Luis de parte de padre, que me ponga la torera, pero Rafa, con mucha educación, le dice que lo siente mucho, que él ahora es mi marido: “Le dices a tu padre que ahora mando yo. Me gusta mucho cómo la está el traje y no tiene que avergonzarse, pues no enseña nada, su jefa y compañeras tienen la ilusión de que luzca el traje, y además está guapísima”. Claro, era 1954, sólo las casas de modas se atrevían a hacer

vestidos sin mangas, pero para los demás era un escándalo. Dos años más tarde ya todos llevaban tirantitos.

Padre luego estuvo contento, como si no hubiera pasado nada, fue una boda muy bonita, y hasta las señoras más mayores me veían y me decían qué traje más original y más bonito y qué guapa que estás.

Termina la boda y pensamos que lo que el padrino nos dijo, que se quedaría con nosotros a pasar la noche, sería broma, pero no, no era broma. Se vino a casa de mis padres, a donde fui porque me tenía que quitar el traje de novia y ponerme un vestido negro -ése sí que era escotado, y eso que yo no me lo hice con tanto escote como llevaba el verdadero modelo por la espalda; era muy bajo pero quedaba muy fino. Pues vino el padrino con nosotros. Estaba aún un poco mosca por si se la pegábamos, y sí señores, nos dejó sin noche de bodas, pero no me importó, lo pasamos muy bien en un cabaret, Villarosa, al aire libre. Qué bien que estuvimos. Se vinieron más parejas, yo me llevé a mi hermana pequeña, Pilar, que nunca había salido por la noche aunque tenía veinte años, porque el señor Julio mi padre, no nos dejaba salir por la noche ni con los novios, ni sin ellos. Fue encantador. Bailamos mucho y ya a las cuatro de la madrugada nos dieron libertad, llevamos a Pili a casa de mi padre y llegamos por fin a Peña Grande a las cuatro y media de la madrugada.

La vida de recién casados

Sigo pensando que el conocer a Rafa fue lo más bonito que he tenido.

Los primeros días, cuando ya se tuvo que poner a trabajar, porque tenían mucha prisa en el taller, iba con su padre y sus hermanos, también ebanistas, al Escorial, donde tenían un encargo, y todos tenían que irse todo el día y regresaban por la noche. Yo me encontré un poco sola y triste, pues no conocía

a nadie de Peña Grande, pero bueno, todo fue pasando. Los niños de mis vecinos eran muy ricos y les cogí mucho cariño, como si fueran sobrinos.

Mis jefas Teresa y Victoria llamaron a Rafa para que me dejara volver al taller, que les hacía mucha falta, pero Rafa ya no quería que trabajara, yo me decía “¡Con el sueldo tan bueno que tengo!”, pero él decía que yo ya había trabajado bastante desde los catorce años hasta los veintiséis. Ya empezamos a disfrutar sobre todo de salir por la noche, que nunca había salido, porque mi padre, como dije, no nos dejaba salir a ninguna. Salíamos al cine, nos comíamos un bocadillo de calamares (todavía no nos daba para cenar fuera), nos tomábamos un café y se acabó.

Fueron pasando meses. Y yo no tenía niños, pero tampoco teníamos prisa, entonces nos daba por comprar motos, compramos dos, nos gustaban mucho a los dos. La segunda fue una Vespa, porque yo le decía a Rafa que con la Vespa podía ir más arreglada. La tuve tal cariño que cuando salieron los SEAT 600, compramos uno a plazos, vendimos la Vespa a un compañero de José María, mi cuñado, y cuando vi que se la llevaban me costó llorar, porque fuimos muy felices con ella. Hicimos muchos viajes, no muy largos, me costó acostumbrarme al coche.

Nos conformábamos con poco y qué felices éramos. Como siempre iba en la moto abrazada a Rafa y a veces nos íbamos a bañar al río Manzanares, nos llevábamos a nuestro Blaqui (nuestro perro) entre medias de los dos. Así que cuando entramos en el 600, (qué buenos salieron) qué felices fuimos, a veces hemos ido en él hasta siete personas, porque entonces estaba difícil tener coche. ¿Y sabéis cuándo cogí cariño al coche? Una tarde cuando fuimos al Pardo, tomábamos café y luego sacábamos del coche dos hamacas del jardín y cada uno un libro y leíamos toda la tarde. Nos llevábamos a Blaqui y bueno, se presentó una tormenta con mucho granizo, que si tardamos un poco más en entrar en el coche nos llenamos de chichones. Entonces empecé a querer

al coche, porque no se sabe las chupas que nos ha tocado pasar en las motos. Eso sí, siempre íbamos equipados, si íbamos por Madrid íbamos normales, aunque no era muy normal entonces que la mujer llevara pantalón.

Recuerdo una noche que veníamos de Toledo y ya en Cuatro Caminos, dijo Rafa si bajábamos a tomar café (pues había visto a mi hermano y a mi padre en la cafetería El Leonés, que alternaban por allí). Luis y mi padre, cuando me vieron con pantalones, ¡no veas la cara que pusieron! Y eso que no eran ceñidos. Rafa se reía con mi cuñada Julia y la tía Andrea y les decía “¡Menchu venía contenta porque se iban a alegrar de verla!”. No podía saber Luis que mi sobrina Maripili, su única hija, saldría de lo más moderna. En la época en que se llevaban las minifaldas ella se las ponía aún más cortas. Tendría Maripili quince años y le dije “¿Qué te dice tu padre?” y me contestó que se empezaba a meter con ella, y que ella no le hacía caso, que luego él se acostumbró “Y ahora todo eso ya no importa”. Yo he sido muy moderna en el vestir, y me gusta que la gente -aunque sea mayor- pueda presumir sin llamar la atención.

Yo empecé a enredarme con los jardines, y ya los domingos madrugábamos para ir al Rastro, a comprar plantas. Luego ha venido nuestro hijo Rafi con nosotros y todo lo que buscabas lo encontrabas, allí compramos todos los tiestos que teníamos en Peña Grande, nos llenábamos el maletero porque teníamos dos invernaderos con toda clase de plantas. Al pasar la gente que iba al ambulatorio se paraba de bonito que lo pusimos. Ya los árboles empezaron a dar fruta. Teníamos un ciruelo en la puerta de la calle, delante quedaba la carretera, y ahí dejaban los coches los médicos y las enfermeras, y yo si oía algo salía y se los cuidaba, sin que nadie me lo mandara, pues no los conocía y ellos dónde pondrían a Menchu. Yo estaba muy contenta de estar allí y la verdad fui tan feliz tantos y tantos años que siempre tengo que estar dando gracias a Dios por todo lo positivo que me ha dado.

El primero de muchos encargos

Un día llamaron del ambulatorio, era la directora para decirme que le habían mandado que se hicieran quinientos uniformes nuevos para las enfermeras, que sabían que yo era modista. Se lo dije a Rafa, despacito, no le pareció mal, pero me dijo que no me liara mucho. No veas lo contenta que me puse, cogí cuatro chicas y tuve mucha suerte con ellas, pues la cosa se fue liando y las tuve siete años cosiendo conmigo. Las tuve como si fueran de mi familia. Seguí haciendo uniformes, como las chicas del ambulatorio tenían que probárselo venían todas (tenía el taller en la misma casa) y empezaron a querer que les hicieran algún traje que otro, aunque eran caros; se corrió la voz y terminé con muchas clientas para muchos años, haciendo trajes a las enfermeras y a las señoras de los médicos.

Con los años, no tenía que dar señas a nadie, estaba en la esquina de nuestra calle la parada del tranvía y allí mismo estaba el restaurante La Montaña, muy buenas personas todos. Bajaban del tranvía, preguntaban por Menchu la modista y ya me conocían todos. Ya trabajaba mucho, tuve mucha suerte, porque lo mejor de todo es que me querían mucho y fueron años muy bonitos, y más tarde muy tristes.

Los niños del barrio

Los fines de semana eran sagrados para Rafa y para mí. Estábamos siempre juntos e íbamos a todos sitios juntos, de salir, de teatros, de cenas, de ir a bailar por la noche con más matrimonios, que luego empezaron a tener niños, y ya el grupo era más pequeño, hasta que nos quedamos solos, pero seguíamos viéndonos. Nosotros les visitábamos para ver a sus bebés.

Peña Grande era un barrio residencial. No dejaban hacer nada más que

hotelitos de una planta (chalés, nada de pisos), pero cuando hicieron el ambulatorio le hicieron de cuatro plantas y la casa de la farmacia de tres, donde vivían médicos, practicantes... y todo esto estaba en frente de mi jardín que ya se sabe que teníamos muchos árboles frutales.

Luego más tarde, Don Patricio, que era el dueño de la farmacia, alquiló habitaciones de la casa grande, también suya, a los trabajadores que venían de Jaén y de Extremadura con sus familias, y aquello era ver niños salir al campo, pues no tenían dónde ir. Estos niños estaban siempre jugando, sucios, no porque las madres no les asearan, es que se manchaban de estar todo el día en la calle. El piso que les alquilaron a sus padres era una habitación con cocina y cobraban un montón por ella. Don Patricio, el casero, que me perdone, pero fue un usurero, que se aprovechó de esta pobre gente que no tuvo más remedio que dejar su casita, su pueblo, dejar todo atrás porque no tenía trabajo.

Yo me encariñé mucho con los niños y siempre salía y les daba caramelitos, me quisieron mucho todos. Yo tuve la primera televisión, y había entonces un programa muy bonito los jueves, de dos horas. Le pregunté a Rafa si le parecía bien si llamaba a los niños para que lo vieran, le pareció muy bien, pero me tenía que dar cuenta que eran veintidós niños, que en el salón había cosas que sin querer podían romper. No hizo falta nada, eran buenísimos, cuántas veces al pasar los años me he acordado de esos niños ya hombres todos.

Así un día les llamé a la puerta del jardín y les dije que al día siguiente había un programa infantil muy bonito, que podían venir, que se lo preguntasen a sus mamás. Al día siguiente mis chicos, y ya por la mañana, gritando a sus madres para que se asomaran a las ventanas, decían “Mamá, me subo a lavar que tenemos que ir a casa de doña Menchu”, eso lo chillaron todos, ya empezaron a llegar. No os podéis imaginar lo guapos que venían. Mis dos aprendizas y yo intentábamos colocarlos, sólo tenía ocho sillas y el tresillo,

así que, como había una alfombra que cubría el salón, les fui sentando en el suelo. Increíble pero no se movieron, qué contentos estaban, qué calladitos, y a veces con qué ganas se reían. Luego más tarde no nos quedábamos ninguna, se portaban muy bien, así durante siete años, luego les eché mucho de menos. Un día había un niño que se le oía toser, era David. Cuando fui a ver qué pasaba vi que el pobre se debía de estar constipando. Siempre teníamos caramelos en los cajones de la máquina de coser, pero justo ese día no había. Entonces le dije a la chica que le diera una cucharadita de azúcar, y no acababa Paquita de sentarse, cuando los veintidós empezaron a toser, fui yo, y así el azucarero se quedó vacío. Olvidaba decir, que el primer día me llamaban doña Menchu y yo les dije que por favor me llamaran Menchu, al final quedé como “La Menchu”.

Hoy al cabo de tantos años, mi hijo y su pareja me llaman en honor de aquellos niños “La Menchu”. Olvidaba que el segundo jueves que vinieron ya traían una banqueta pequeñita para sentarse.

Aquellos niños y sus padres fueron un pilar muy grande, Rafa les fue encontrando trabajos mejores a cada uno de lo suyo, y con los años se compraron sus pisitos. A pesar de que a ellos le gustaba Peña Grande allí no pudieron comprarlo porque eran muy caros, y se fueron por la carretera de Valencia, me parece que a Santa Eugenia. Sus niños estudiaron y tienen buena colocaciones.

Una vida estable

Yo seguí trabajando firme y con mucha suerte, con unas clientas de muchos años. Rafa a los pocos meses de casarnos, dejó el taller del padre y se colocó en una casa muy nombrada, Arpe, fábricas de muebles, donde hizo unas pruebas de dibujo, y de entre muchos que se presentaron le llamaron a

él. Allí trabajó de diseñador y fue encargado general.

Ya vivíamos más tranquilos porque siempre el sueldo era fijo y sobre todo teníamos vacaciones. Habían pasado dos años y todavía no habíamos hecho el viaje de novios. Esto era lo de menos, pues nos queríamos mucho y yo quería tener una cosa segura, las paguitas, mis vacaciones, siempre seguros como mi padre lo ha tenido. Entre él y yo no faltaba de nada, o en realidad sí, no venía el niño que queríamos.

Loli, José y Ricardo

Loli, mi prima, también quería casarse ya. Estaba de cajera en Galerías Preciados, ya llevaba siete años trabajando allí. Compraron un piso en El Batán y les daban muchas largas, y como a nosotros nos sobraba casa decidieron casarse y venirse con nosotros hasta que les dieran el piso, y así fue. Su traje de novia fue, yo creo, el más bonito que hice. También su boda estuvo muy bien y ella sí que tuvo un bonito viaje de novios. Lo pasamos muy bien, sobre todo Rafa y José, el marido de Loli; qué bien se han llevado siempre en “Ese Peña Grande” que ha quedado en la historia. Fueron años muy buenos.

Llegó el primer hijo de Loli y José, Ricardo, en 1961; cómo sabía que era Rafa quien venía, desde tan chiquitito, cuando abría la puerta y le daba un silbido en el pasillo y se ponía muy contento; no se me olvida que todas las noches cenábamos juntos de primero sopa, que a Rafa le gustaba mucho y era de Gallina Blanca; tenía que cenar Rafa en brazos con él pequeño, pues le había acostumbrado desde pañales, y no sabéis cómo se relamía cuando le daba la primera cucharadita.

Creo que cuando ya se marcharon, el niño tenía ocho meses y ese día, yo creo que me hizo más monerías que nunca, lo que lloré cuando se iba el taxi.

Los echamos mucho de menos, sobre todo al niño, que hasta por la noche se despertaba cuando estábamos viendo la tele, y no sabéis lo tieso que se ponía para verla (estaba para comérsele).

Todo iba cada día más bonito, la casa ya iba a mejor.

El viaje de novios

Ya hicimos el viaje de novios. Mi familia valenciana quiso que fuéramos con ellos. Enrique, mi hermano, se casó con Rosa, una mujer buenísima y cariñosa, ya mis padres adoptivos eran abuelos. Pasamos unos meses preciosos. Cuando llegamos estaba toda la familia en el aeropuerto de Manises esperándonos. Hacía varios años que no nos veíamos porque no podía ser. Me llevaron un ramo muy bonito y ellos me dijeron al bajar del avión que parecía una artista de cine.

Yo he sido muy moderna y eso sí, se llevaba mucho el moño italiano, sí que salí de Barajas muy guapa para nada más. Era la primera vez que iba en avión y al pasar no sé por dónde hizo un bache y menos mal que había dos bolsas, porque me mareé, vomité, y menos mal que no me manché nada. El moño me lo quité antes de salir del avión y eso sí, tenía un pelo y le tengo todavía muy bonito, entonces melena de pelo negro y rizado, y siempre según la familia muy bonito. Así, cuando bajé del avión, llevaba una melena negra con el pelo rizado que es como lo he llevado siempre y la verdad en la foto estaba muy guapa.

Rosa mi cuñada tenía muchas hermanas y ya estaban casadas pero jóvenes, allí estaban todas esperando. Lo pasamos de juerga en juerga por la noche y de playa en playa de día. El abuelo Pepe, mi padre adoptivo, ya estaba mayor y enfermo de corazón, la abuela Isabel estaba muy bien.

Qué contentos estábamos, porque fuimos a hacer el primer viaje que hicimos fuera de Madrid a estar con ellos. Yo también estaba muy contenta y quisieron a Rafa igual que a mí, se nos hizo corto y me daba pena venirme a Madrid. Luego ellos estuvieron en mi casa más de un verano y las niñas de Enrique, Isabelín y Rosa Mari, han estado en verano. Sus maridos son dueños de fábricas de muebles y todos seguimos queriéndonos mucho, por esa parte ya tengo nietos.

La tía Valentina

No me acuerdo del año, pero bueno, mis primos Santi y Aurora compraron el hotelito pegado al nuestro. Se tuvieron que venir de Suiza, donde llevaban unos años trabajando, porque mi tía Valentina se puso malita. La trajo Gonzalo, el pequeño de los primos, a vivir con nosotros antes de comprar el chalé, mientras ahorra. Valentina desde que se casó vivía en El Escorial, allí la familia tenía una carbonería, y en su casa veraneábamos todos los años. Mi primo la vio mal, pues era Parkinson lo que tenía, y la trajo a mi casa, a Peña Grande. Estuvo con nosotros un año, y Rafa y yo estábamos muy contentos de que estuviera con nosotros. Era muy buena, nos ha querido a todos mucho. Al llegar Gonzalo a Suiza les dijo a sus hermanos cómo estaba su madre, y a pesar de que en Suiza estaban también mi primo José Luis, pues tenía mi tía tres hijos, y Santi que era el mayor, se vinieron Aurora y él. Como estábamos tan cerquita yo estaba feliz, a pesar de que la tía se nos fue pronto. La recuerdo sentada en su silla diciendo “Que me peine Menchu, que tiene mucha gracia peinándome”. No quiero seguir con tristezas, porque dentro de poco sé que lo voy a pasar muy mal, recordando.

Mi primo Santi, cuando ya empezaron a vivir allí, qué bien puso el jardín de la calle, y qué árboles tan cuidados. Hemos tenido años de juntar a toda

la familia, sobre todo en el verano, y nos duchábamos con la goma de regar las plantas, y cómo lo gozábamos y cuánto nos reíamos, mojándonos unos a otros por los patios, con la hierba.

Siempre ellos o nosotros teníamos la casa llena de gente. Luego más tarde todos tuvieron chalés en la Sierra y luego éramos nosotros los que íbamos también a pasar los fines de semana con ellos. Aurora tampoco tuvo niños, tuvo un embarazo extrauterino y luego ya no tuvo más, pero ellos se llevaban muy bien. Lo que sí tenía mi primo Santi era el jardín más bonito de todo Peña Grande y los rosales con árboles, llenitos siempre de rosas. ¡Qué años más bonitos!

El primer embarazo

Yo continuaba con el taller en casa, todo iba muy bien. Rafa, como era el encargado de la fábrica, se llevó allí a Pepe, el marido de mi hermana Mari, a su hermano Ramón, y a mi primo Santiago.

Bueno, ya un día nos damos cuenta de algo y me hacen pruebas y estoy en estado, todos muy contentos, fue un embarazo que no me enteré, ya llevaba siete años casada. Seguí cosiendo hasta el último día, cuando ya no podía dar pedales a la máquina del tripón que tenía.

No sé cómo empezar, lo que sé es que me puse de parto el tres de junio, y me llevaron a Santa Cristina, que me tocaba por ser el hospital del seguro, una maternidad que hay en la calle O'Donnell. Me dejó Rafa allí, sola, pues don Heliodoro, nuestro médico, dijo que allí había habitaciones privadas, es decir de pago, y le dejaban a él quedarse conmigo todo el tiempo, pero luego resultó que no, que sólo eran habitaciones normales, y él no se pudo quedar. Me dejaron en una camilla poniéndome suero, pues ya había roto aguas a las seis de la mañana y eran las cuatro de la tarde, me dejaron en el paritorio,

yo sola llorando porque no quería que se fuera Rafa. Más tarde me llevaron a otra habitación, donde había una chica más joven que yo, creo que tenía veintidós años. Estaba con efectos de anestesia y no se enteró de que yo llegué. Allí me ponían no sé qué para que dilatara, y vengan dolores, y venía la enfermera a verme, me miraba y no dilataba ni un céntimo, como decían ellas. Me paraban los dolores, pero yo seguía allí sin hacerme nadie nada. Me llaman por megafonía, que vaya a la puerta seis. No podía bajarme de la cama porque era muy alta y llamé a la madre de la chica que estaba en la otra cama. Se ve que pasó mala noche y la mujer no me oía. No quiero acordarme cómo me bajé de la cama con el tripón que tenía. Llegué a un despacho que a mí me parecía muy largo y me asomé, al final había una mesa con el médico y la enfermera que al verme le dijo al médico “Es la de los treinta y seis” (nunca he dejado de pensar en el poco corazón con que dijo “La de los treinta y seis”. ¿Que tenían que dejarme morir a mí y a mi hijo, por eso?).

Quisieron toda la familia por la tarde cambiarme de hospital, se juntaron para sacarme de allí, pero ya dijeron que me iban a provocar el parto al día siguiente pero ya no les dio tiempo, pues esa noche me puse muy mala. Llamé al timbre, no venía nadie. Me levanté y cuando estaba ya por un pasillo se me subió una cosa al pecho que me ahogaba y creo que di un grito. Salió una enfermera medio dormida y empezó a pedir ayuda. Me llevaron a un quirófano, vino un doctor, el que estuviera de guardia, regañándolas porque no se lo habían dicho al entrar. Empezó a meter mano y con la trompeta por toda la tripa, y me hacía mucho daño, se separa de mi cama y les dice “El niño está muerto”. Creo que pegué un grito diciendo “¡Noooo!”. Sé que vinieron con guantes y todos metían la mano, no sé para qué si ellos ya sabían que se acababa de morir mi hijo. Cuando recobré el conocimiento, estaba la familia fuera, yo todavía con sedantes. Creo que no me daba cuenta de nada. Se habían juntado en el quirófano los ocho cirujanos, creo que la tensión me quedó a cero, y que al anestesista le cogieron con el coche en marcha, vino

corriendo y me empezaron a poner transfusiones de sangre, cinco litros. Sabéis cómo me llamaban allí, “La señora de la suerte”. Creo que Rafa llegó por la mañana, no me vio en la habitación. Cuando Rafa me localizó ya me tenían en el quirófano desde las doce hasta las cuatro de la tarde, pues no me pudieron hacer cesárea, porque de estar cuatro días con aguas rotas había cogido una infección muy grande y claro, era lo que tanto daño me hacía. No sé cuántos cortes me hicieron. Nunca vi que era precioso, con ricitos muy negros y que pesaba cinco kilos.

Lo sacaron con fuerza y ventosa. Salieron a decirle a Rafa que el niño estaba muerto y que no respondían de salvarme a mí porque estaba muy grave. Creo que Rafa cogió por el cuello al cirujano y creo que fuera de sí dijo “¡Como la pase algo a mi señora, según vayan saliendo los mato!”. Qué mal lo pasó que le tuvieron que atender a él con sedantes. Salí a las cuatro o cinco horas. El personal del martes nos dijo que les teníamos que haber denunciado. Yo de todo me enteré mucho más tarde, pues estuve mal tres meses en cama sin poder moverme.

En El Batán

Estuve en maternidad doce días antes de que me diesen el alta para salir. Lo hablaron Rafa, Loli y José Mari, ya que a Rafa le daba miedo llevarme a Peña Grande porque estaban todos esperando. Los niños de la tele, los del ambulatorio, todos para verme y no sabían que el niño ya no estaba, así pensaron llevarme al Batán con Loli y José. Me llevaron al Batán, y estuve allí un mes, así lo decidieron, al día siguiente de llegar me puse por la noche muy mal, llamaron a un médico particular, que tenía una consulta en el primer piso. Subió rápidamente, era una trombosis, que gracias a Dios el trombo se quedó en la ingle, pero que podía subirse al cerebro. No podía moverme de

la cama, tenían que asearme los primeros días sin poner los pies en el suelo, esto pasó el día trece de julio y unos días más tarde tuvieron que llamar a urgencias, porque eran unos dolores de verdad peor que los del parto, y mira que fueron horribles. Les dijeron que no me tenían que haber dado de alta en las condiciones que estaba, fue un cólico nefrítico, que luego me duraría dos años.

Sé que venía la tía todos los días y la traía la compra a Loli, porque también tenía que cuidar de Ricardo, creo que tenía dos o tres añitos, y yo la di mucho trabajo, y muchos disgustos, porque a José y a Loli les tocó lo peor. Se portaron muy bien conmigo, fenomenal.

Ricardo, como niño que era, me hacía muchas trastadas pero me quería mucho, y se tiró todo el mes en la habitación, sólo quería que le leyera un cuento. Al principio yo no estaba bien, me tenían que poner dos inyecciones diarias y cuando venían a pincharme, él no se quería salir y lloraba y me llamaba. Era riquísimo, cuando entraban a hacer la comida miraba, y cuando se cerraba la puerta de la cocina, venía, me echaba toda la ropa hacia atrás, cogía el tarro de los polvos de talco, que me lo echaban dos veces al día, él lo veía y lo quería imitar, me ponía perdida, y él decía “pollos pollos” en vez de polvos. Luego quería dar friegas como su madre hacía, y se me ponía sin querer sentado encima, y al chillar yo, acudía Loli, mi hermana, le regañaban, pero no le podían sacar de allí, ahora “contar cuentos” decía, y se descalzaba y se metía encima de la cama para que le contara cuentos.

La caja de bombones

Cuando aún estaba en maternidad me fueron a ver la mañana del domingo que Angelín, el hijo de Mari, hacía la comunión. Yo, que esperaba estar fuera para entonces, me dejé mi traje preparado para la comunión y como todo salió fatal, me trajeron al niño, que estaba guapísimo. Le dejaron entrar por

la mañana, que no dejaban entrar a nadie. Me trajo una caja grandísima de bombones, la caja era preciosa, parecía un cuadro, era La cena del Señor con los Apóstoles, y le dije “Angelín, abriremos la caja cuando yo esté buena” y así fue. Pero Ricardo, cuando nos descuidábamos ya estaba cogiendo la caja, ¡él que sabía! Era muy pequeño todavía pero Loli tuvo que quitar la llave del mueble, que estaba en el salón, pero yo desde la cama lo veía, y llamaba a Loli. Un día antes de quitar la llave le dio un “repente”, salió corriendo y yo llamé a Loli, que le quitó la caja. Le dije a Rafa cuando vino del trabajo, que fuera a una pastelería y que le comprara una caja de bombones. Ya viene Rafa tan contento, le saca el paquete, Ricardo le quita el papel del regalo, ve la caja y ¿sabéis que dijo? ¡Que no la quería! Que quería la que estaba guardada. La íbamos a abrir, pero José, su padre, no lo consintió, pobrecito, yo creo que la tenía que haber abierto, tardamos dos años en abrirla.

La última de los dichosos bombones, fue que Ricardo los quería abrir de nuevo, yo llamé a Loli, y a él le dio rabia, me cogió de la cabeza a punto de dar al suelo, y cuando me vio llorar, llorando se fue a la cocina a llamar a su madre. Se asustó y ya nunca más me volvió a hacer nada, y sí me hizo mucha compañía y le he querido siempre muchísimo.

Iban pasando los días, venían a hacerme muchos análisis por lo del riñón, a darme medicamentos. Se pasaban el día dándome cosas, tenía que tomar “Valium 5”, me lo daban todas las noches, y muchas más, porque me quedó una depresión muy grande. Ya me tuvieron que llevar a mi casa, porque Loli tenía de antes pagado un apartamento en la playa, y como yo ya estaba mejor, ellos se fueron contentos, que ya tenían que descansar, sobre todo Loli.

De vuelta a casa

Empiezo por decir que llegué a la hora de la siesta a Peña Grande, era agosto, hacía mucho calor y Rafa no quería que nadie se enterara, hasta que no me tuviera Mari ya metida en la cama. Me tuvieron debajo de los árboles, que a mí me gustaban mucho, tumbada en una tumbona, sin poner la pierna en el suelo, me llevaron a la sillita de la reina entre Rafa y Pepe, mi cuñado. Disfruté una hora de mis árboles, me metieron en la cama, yo no sabía para cuánto tiempo. Cuando me quedé sola, porque le dije a Rafa que quería dormir, lloré mucho pensando en lo distinto que había sido volver a Peña Grande, yo me lo había imaginado con el niño. Fue así, Dios no me pudo ayudar, pensaba que no me lo merecía. Yo luego no era capaz de rezar ni mirar a ninguna imagen, por tantas horas en el hospital en que me pillaba enfrente del Cristo de la señora. Fueron tantas cosas las que le pedía y me quedé mal, muy desorientada, y tardé mucho en pedir perdón por lo mal que me porté entonces.

Era domingo y el ambulatorio estaba cerrado, lo hicieron a propósito. Me dijo Rafa que hubieran bajado todas las enfermeras y el personal, que tanto nos querían y todos con el regalito comprado, y Rafa les dijo que no me lo dieran. Lo que no fue capaz de evitar fue que se presentaran los veintidós niños, todos entre cuatro y siete años; eran las doce de la mañana del domingo cuando oyó que la puerta del jardín se abría, sonó algo raro. Rafa esperaba que fuera alguien del ambulatorio y no se figuraba que serían ¡mis niños! Qué guapos, qué limpios venían y todos traían un regalito. Fue muy fuerte, y no lloré pero todavía recuerdo que fue lo más bonito que tuve. Cada uno desenvolvía su paquete muy orgulloso, porque lo habían comprado con las propinas del domingo; uno traía botitas, otro baberitos, otro calcetines, jerséis, colonias de bebé, polvos de talco, chupete... Rafa los fue arrimando a todos alrededor de la cama y uno a uno les fue cogiendo para que me dieran un beso; qué buenos y qué responsables fueron todos, con qué caritas me

miraban, sé que luego dijeron a sus madres que la Menchu no les había contado nada, pero a mí no me salían las palabras. Se marcharon y en el borde de la acera creo que se quedaron sentaditos, ellos también muy tristes, con la cabeza agachada, como llorando. Tuvo Rafa que salir y decirles que el jueves ya estaría Menchu buena y que les pondría la televisión, y se fueron corriendo a contárselo a sus madres.

Creo que tuvieron un problema, la puerta de enfrente de mi cuarto estaba cerrada, iba a ser la habitación del niño, y Rafa había puesto una cerradura nueva, me parecía desde la cama que veía algo extraño y es que Rafa no dejaba entrar a nadie. Pasó lo siguiente. Esa, como ya he dicho, iba a ser la habitación del niño, no os podéis figurar todo lo que había pintado Rafa en cada pared, una casa en la de enfrente, en otro lado “A E I O U”, en colores fuertes, en la otra ositos en un paisaje de nieve, verde y blanco, le quedó preciosa, en el techo, alrededor de la lámpara, por si era niña, todo eran angelitos con las alas y la carita de Marisol, que estaba muy de moda por sus películas, la última se llamaba Ha llegado un ángel. Ya estaba preparada la cuna, el moisés precioso, lo hizo él todo. Como no queríamos saber si era niño o niña, no puse ni azul ni rosa, lo puse todo en un amarillo muy clarito. Quedó el cesto de dormir forrado con un volante de organdil blanco, todo alrededor, qué hermoso quedó. La familia venía a verlo cuando ya estaba todo preparado, a los siete meses, como te mandan los médicos, la habitación quedó como la de un príncipe o una princesa. Quizá fue demasiada ilusión la que teníamos los dos puesta, comprando silla para comer, coche para sacarle de paseo, cuna y el corral. Todo estaba detrás de aquella puerta, que Rafa no abrió hasta que yo se lo pedí.

Ya empezaron todas las familias, la mía y la de Rafa, a venir y la vida en Peña Grande empezó otra vez a ser como siempre. Siguieron haciéndome análisis, estuve dos años con antibiótico, me hacían las pruebas del riñón y seguía teniendo infección, pero bueno, a mí ya no me dolía nada. Me dijeron

que por la tarde ya podía salir y estar debajo de los árboles, pero con la pierna estirada. Qué bien me vino una banqueta alta que me hizo el padre de Rafa, tapizada con la forma de la pierna para que la molla no me doliera. Me sentaban en un sillón de mimbre y con la pierna estirada, muy bien.

Lo del trombo ya debía estar muy bien porque cuando venían a casa las enfermeras lo hacían ya muy contentas, ya que les decían que los análisis iban estando muy bien, y que el trombo iba desapareciendo. Toda la familia estaba feliz. A las que les tocó trabajar en Peña Grande fue a Mari y Carmina, mi sobrina. Ya los domingos, para no armar mucho jaleo para guisar, encargábamos una paella en La Montaña, siempre de ocho o diez personas, y nos la subían con ensalada y todo.

Como yo no podía tomar café, ¡con lo que me gusta!, se bajaban todos al restaurante La Montaña y a mí me acostaban otra vez, para por la tarde sacarme otras horitas, porque nos tocó todo el calor. Rafa se tomaba el cafelito y se venía a estar conmigo y a traerme el poleo. Lo pasábamos muy bien, ya no se hablaba de nada, contaba sólo las cosas bonitas para que me riera.

Se me ha olvidado decir que el primer día por la tarde, cuando me trajo Rafa, entró él antes, para preparar, o por si alguna cosa estaba mal o que me hiciera llorar. Pues bien, me quedé sola, y en esto que aparece nuestro Blaqui, mi perro, esto es digno también de contar. Cuando me vio, se me quería subir, pero él no me tocó la pierna, para nada, puso las patitas en mis brazos, y mirándome empezó a llorar, pero a llorar como un niño y se lo pueden todos creer, ¡pero qué lágrimas! Cuando le oyó Rafa desde dentro de casa, salió corriendo, y siempre lo contaba igual que yo, se quedó impresionado. Cuando me metió Rafa en la cama el perro ya no se quería salir, y quiso subirse a la cama, le dije, “Blaqui no”, y se quedó en la puerta del pasillo con una carita de pena; y entonces Rafa le dijo “Mira Blaqui, aquí quieto” y él ponía las

patitas delanteras a los pies de la cama, y se tiró muchos días sobre todo por las mañanas, en que yo tenía que estar en la cama, a mi lado. Daba paseos desde el patio al pasillo, yo lo sabía porque se le oían las patitas, porque tenía las uñas largas y no nos atrevíamos a cortárselas, pues bueno. Llegaba a los pies de la cama, hacía lo que Rafa le enseñó, y como lo hacía tan bien, me emocionaba tanto. Blaqui ya tenía diez años, y a veces pienso que lo único que le faltaba era hablar. Mi hermana Mari no estaba muy contenta con el perro, porque no acababa de fregar el pasillo cuando ya estaba allí Blaqui. Ella se enfadaba, pero luego le daba pena. Las chicas de allí y los vecinos, las niñas, cuando jugaban al corro, le cogían las manitas y jugaban con él todo lo que querían.

Ya fue pasando el verano, llega la Virgen de la Paloma, y allí en Peña Grande, hacían mucha fiesta y una procesión muy bonita que siempre pasaba por la calle cercana a la mía. Estaba la casa llena de gente. Me dijeron que la procesión iba a acabar en la esquina, y así fue. Empiezan a salir todos, oigo la música muy fuerte y es que había parado la procesión, ¿sabéis donde?, en mi puerta, y me escondí. No fui capaz de salir porque perdí toda la fe en la maternidad. Le pedí tanto al Señor, porque tenía miedo de perder a mi niño, no tuve que haber perdido la fe. Quitó los cuadros y el Cristo que tenía en casa y más tarde pedí perdón, muchas y muchas veces y sigo pidiendo perdón.

Ya pasadas las fiestas de la Paloma tenía que hacerme análisis, y cuando me trajeron el resultado, me dijeron: “¡Menchu, ya pueden llevarte andando a La Montaña a tomar un refresco y sentarte un ratito!”, qué contenta me puse. Cuando vinieron Rafa y mi cuñado Pepe me agarré al brazo de los dos y bajamos la calle hasta llegar al restaurante. Llegué sudando, porque pensé que las piernas no me llegaban, y encontré que en la terraza lo tenían todo preparado para mí. Lloré al ver a los dueños, Ramón y Paca, Mariano y Petra, a todos los camareros y a muchos y muchos del ambulatorio y de los alrededores, y a mis veintidós niños, ¡¡allí estaban!! Estoy nerviosa porque

pasé muy malos ratos, han sido episodios malos, pero luego los he tenido tan bonitos.

Fue mi primera salida y qué bien, las dos terrazas llenas de gente, estaba precioso, con árboles y flores. Se corrió la voz y muchas personas queridas vinieron y nos quedamos cenando. Fueron tres meses de cama, y ya todo acabó. Eso sí, cogí odio a la cama, y quise empezar de nuevo. Gracias a Rafa, que no sabía ya cómo distraerme o hacerme feliz, sólo con tenerle a mi lado ya se me pasaba todo, pero él tenía que ir a la fábrica, tenía veinte obreros a su cargo y no podía faltar ningún día.

Tenían que hacerme todos los meses análisis para ver cómo me iba funcionando el riñón, y ya dije que estuve dos años sin que se me quitara la infección.

Vuelta al trabajo

Ya pasados los meses quise que Rafa me dejara trabajar en casa. No se negó, sabía él de sobra que eso me iba a hacer bien, y así fue. Tenía tres chicas; Paquita, que fue rápido oficiala, porque era muy lista, estuvo hasta que dejé de trabajar, ocho años después. La quería mucho, vivía en el chalé de enfrente. Si íbamos a visitar Toledo, pues nos la llevábamos. Más tarde ya la salió novio y claro está, la cambió la vida. Ella, con dos aprendizas, trabajaba mucho.

A veces por la tarde tenían que pasarse por casa mi prima Aurorita, mi hermana Mari, que vivía en la casa de la farmacia, y Carmina, su hija y ahijada nuestra. A Carmina la teníamos para ir a la mercería a comprar. Y a veces la tenía que regañar porque se encontraba con su amiga Clara, que era sobrina de la dueña de la mercería, y se ponían a jugar, y teníamos que salir a buscarla porque a la que estaba en la máquina se le había acabado el hilo, y a veces la pobrecita lloraba.

Estas cosas pasaban cuando había muchas prisas.

Una noche había que terminar todo para una boda y las chicas no se podían quedar; teníamos que forrar un abrigo todo enterito; yo terminé el traje de la madrina, menos mal que el de la novia ya estaba entregado, y el abrigo lo forró el “señor Rafa”, porque no se le puede llamar de otra forma, me dijo cenando “No te preocupes, Menchu, yo te forro el abrigo y así puedes terminar tú el traje de la madrina”. Algunas veces había ayudado con alguna cosilla pequeña, pero... no os podéis imaginar cómo forro el abrigo. Mejor que si lo hubiera forrado yo o lo hubiera hecho la ayudanta, no se veían ni las puntadas. Cada vez que me acuerdo de tantas y tantas cosas que nos solucionaba no a mí sola, a todo el que lo necesitara... Es tan difícil que pueda pasar un día sin acordarme de él.

No dormimos ninguno esa noche, pero gracias a Dios todo se solucionó muy bien.

Unos buenos vecinos

Teníamos unos vecinos muy buenos, Pili y Manolo, que tenían cuatro hijos, Josete, Pilita, Mari Carmen y Toñín. Entonces eran pequeños; Antonio tenía la misma edad que mi niño, el que se fue al cielo, pues las dos estábamos embarazadas. Pili le tuvo antes, y ella que no quería tenerlo, cuando supo que estaba embarazada, que ya tenía tres y venía otro. No le gustó, pero luego fue el juguete de todos, aunque en vez de dos niños que esperábamos tener por los jardines, sólo hubo uno. Al principio fue un poquito fuerte, y luego le hemos querido más que a ninguno. Los cuatro han sido muy buenos hijos, y nosotros seguimos queriéndonos mucho, éramos ya casi una familia, ¡Peña Grande fue lo más Grande!

Yo no sé por el año que voy, lo que sé es que ahora estoy en la Residencia

del Carmen, que soy muy feliz, sobre todo desde que escribo mi vida. Al escribir tantas cositas el corazón se me queda muy tranquilo y me siento afortunada y feliz. En la residencia bajamos a desayunar a las nueve y media, me abren la biblioteca sólo para mí, pues la hora de abrir es a las diez y media, y en cuanto llego me pongo a escribir estos recuerdos tan dulces, otros amargos, pero me siento muy feliz. Se me pasa el tiempo tan rápido que me tienen que avisar para la hora del comedor. Lo paso muy bien y la verdad que no me da tiempo a pensar en las cosas malas, bueno, voy a volver años atrás que me quedan por contar muchos momentos bonitos.

Una boda por poderes

Voy a contar otra boda, la de la pequeña de la casa, Pili, que se casó por poderes, porque Nisio, su marido, tuvo que marchar a la universidad de Caracas en 1960. Este era catedrático, y le llamaron de allí, y al año siguiente se casó en Madrid por poderes en la Iglesia de San Antonio. El traje que la hice fue de otomán, quedó precioso. Tenía muy poca cola, de todas formas no se la hubiera puesto, quedé harta con mi traje de novia, con esa cola tan larga que no me dejaba bailar. Pili iba guapísima, claro, ella lo es. Cuando se estaban casando, todos nos acordábamos de Nisio; era su hermano quien le representaba. Nisio estaba muy lejos, lo estaría pasando muy mal, a mí como siempre me tocó llorar. Se celebró la boda en Biarritz, se pasó muy bien pero claro, faltaba el novio, el señor Nisio. Luego Pili, la pequeña de la casa, se marchó a Caracas y se la echó mucho de menos aunque nos escribía mucho y nos mandaba fotos. Se fue durante muchos años. Ellos venían de vacaciones y Pili tuvo aquí a Amapola, luego a Raquel en Venezuela y a Sergio en Madrid. Al final vinieron a quedarse para siempre y ya tenían comprado un piso en Aluche y el chalé de Cadalso de las Vidrios.

La familia de Rafa

No he contado nada de la familia de Rafa. Eran Gerardo el mayor, Pilar, Salomé, Rafa, Conchita y Ramón el más pequeño. Gerardo se casó con Isi, un sol de mujer de buenísima que era, tuvieron tres hijos, Gerardito, Pili y Purita, unos sobrinos como los padres. Pilar su otra hermana, se casó con Juan Ángel y tuvieron sólo un hijo. Yo les quise mucho como ellos a mí. Para mí Pilar fue más que una hermana, su hijo se llama Ángelito que se hizo testigo de Jehová. Ya nos veíamos menos porque se marchó fuera, Salomé se marchó muy lejos.

Y Conchita, me acordaba mucho de ella, pues era un poco retrasada pero muy cariñosa, y queda Ramón que es el pequeño. Se casó con Ana, muy buena, nos seguimos queriendo mucho, a pesar de que han pasado muchos años. Tuvieron tres niñas, Ana, Mari Cruz y Mari Nieves, las tres, tres soles, pero la mejor siempre ha sido Mari Nieves, vive en La Rioja con Alberto, tan bueno como ella.

Bueno, me he perdido, me he dejado atrás a Gerardito, este es el sobrino predilecto de Rafa y mío. Siempre nos ha querido mucho, pero cuando nos hemos hecho mayores y me hacía falta más cariño, ahí ha estado muy pendiente de la tía Menchu. Mari Carmen es su mujer y la quiere mucho. Pilita, la mediana, casada con Pepito, vive muy feliz.

Y queda Purita, se quedó viuda con tres niños, los hijos le salieron muy buenos.

De los abuelos Gerardo y Concha, los padres de Rafa, primero diré que el abuelo Gerardo tenía el pelo blanco más bonito que he visto en mi vida, era el suegro más guapo. A la abuela Concha la querían todos, era una mujer muy lista y preparada para todo. A mí como a todos nos querían mucho.

Buenas noticias

Bueno, han pasado dos años desde que perdí el niño, casi tres, y seguía con el riñón infectado. Decidieron hacerme otra prueba, no me acuerdo bien, creo que fue que el orín mío se lo inyectaron a una cobaya, y al cabo de tres semanas nos daban el resultado; y si moría la cobaya me tenían que quitar el riñón. No sabéis cómo estaba toda la familia, y cómo estábamos nosotros, porque Rafa que siempre daba ánimos, me dijo la familia que se había derrumbado, yo no se lo noté.

Pasaron los veintiún días y fuimos al hospital de la Cruz Roja. Nos dieron la enhorabuena, yo casi fui al suelo y Rafa agarrado a mí. Creo que fue la única vez que le vi lágrimas delante de mí. Ya tenía que llevar un tratamiento nuevo, más flojito.

Lo celebramos toda la familia en el restaurante La Montaña, y con muchos amigos de Peña Grande. Al día siguiente, por las ventanas del ambulatorio me llamaba gran parte del personal, enfermeras, médicos, las de la limpieza, que me querían dar la enhorabuena. En general, todavía doy gracias a todos y a todas, que fueron cincuenta años que se portaron tan bien conmigo, que los últimos años si veían que no salía al jardín ya pensaban que me pasaba algo y me llamaban al teléfono (Rafa ya se había ido).

Me voy otra vez años atrás. Seguimos cosiendo para buena clientela, ganaba bastante, disfrutamos de muchos viajes, vacaciones, bueno, lo normal cuando se es joven. Salíamos mucho por las noches, cenas buenas, no como antes que la cena a veces era un bocadillo de calamares y un café y al cine Metropolitano que nos íbamos, pero también antes éramos de lo más felices sin tener mucho.

Una noticia inesperada

Pasó un día don Heliodoro, el ginecólogo, y nos vio en el jardín cosiendo. Salí a la verja y me preguntó que qué tal estaba. Yo le dije en guasa que tenía la menopausia. Se asustó, porque ya llevaba tres meses sin la regla y estaba de maravilla, pero él sacó de la cartera un cuaderno y empezó a escribir, me dijo: “Mañana a las ocho que te hagan este análisis urgente”. Fui a hacérmelo y tenía que ir al día siguiente a recogerle, yo no fui, mandé a mi sobrina Carmina, pues me iba a llevar a las chicas y a Carmina a la piscina todo el día, al Parque Sindical.

Cuando ya viene mi sobrina por el pasillo, abanicándose con el sobre, me dice cantando “Que dice don Heliodoro y las enfermeras que viene la cigüeña”, me di la vuelta y se me quitó por unos momentos el habla, que no piense nadie que exagero, que mi prima Aurora que vivía pegado a los chalés, cuando quise decirle lo que pasaba no pude. Luego me dieron agua y se me pasó todo. Cuando empecé a hablar, llamé a Rafa a la fábrica, y me seguía costando hablar mucho, se vino en el coche, y ya se me había pasado todo.

La familia toda loquita, como yo, y Rafa no me dejaba casi hacer nada, pero yo tuve el taller hasta última hora.

Como ya he contado todo lo que pasé con el primero, me dio miedo volver a ir a la Seguridad Social, no me fuera a pasar lo de la primera vez. Mis hermanas habían tenido sus hijos con el doctor Rubio, que era director de La Paz, pero en Reina Victoria tenía un hospital privado, se llamaba La Cigüeña, y Rafa dijo desde el primer día que me llevaba con el doctor Rubio. Todo fue bien desde el primer día. Cuando íbamos a la consulta, venían siempre con nosotros la abuela Concha y mi yaya. Todo estaba tan bien, que dijo el médico que me marchara a Benidorm, pues habíamos alquilado un piso antes de saber que estaba embarazada, si es que yo estaba de maravilla desde el

primer momento. Fuimos a Benidorm cuatro matrimonios, y cuando venía una ola decían “Cuidado con garbancito” y yo me ponía de espaldas para que no me dieran las olas en la tripa, todo fue fenomenal.

Pasaron meses, me acuerdo que yo tenía un buen tripón, y un día estaba terminando un abrigo, le estaba cosiendo las mangas a máquina, pues era fiesta, y no había ninguna chica. De pronto me dio un dolor grande, me quedé sin quitar los pies de los pedales, me di unos golpecitos suaves en la tripa, y le dije “Hijo, déjame acabar el abrigo” y fue mano de santo. Creo que me oyó pues se me quitó todo el dolor, y estaba mi hermana Mari conmigo y se quedó asombrada.

Le dije a Rafa que no quería hacer lo anterior, no dejé que nadie me comprara nada, ni cuna ni moisés ni nada de nada, ni pintura en las paredes, nada, no quería nada, ya dejé escrito todo lo que necesitaría comprar cuando naciera.

El doctor Rubio me puso a régimen a los siete meses, pues no quería que el niño pesara cinco kilos, todo fue de maravilla, un embarazo tan bueno como el primero.

Éramos socios de una piscina cerca de la Dehesa de la Villa, y qué verano más bonito pasamos, Rafa venía a la piscina M^a Luisa, que así se llamaba, nada más salir del trabajo. Le daba tiempo a darse unos bañitos y cenábamos allí, teníamos muchas amistades bonitas y a mi tía Violeta y al tío Higinio, y a Mari Merche que era la hija de ellos.

El parto

Ya iba a cumplir los nueve meses, como siempre nos tocaba ir al reconocimiento y como siempre venían con nosotros las dos abuelas. Ellas

se quedaban con Rafa en el despacho y, ¡ay!, cuando salía el doctor Rubio hablando con ellos ese día mientras la enfermera me ayudaba a vestirme, vi a la yaya muy colorada, como asustada, y entonces el doctor nos cogió a Rafa y a mí, nos dio como un abrazo y nos dijo “ Supongo que este va a ser el último tranvía. ¿Qué os parece si mañana te hago la cesárea?”, y yo como un rayo contesté “Mañana mejor que pasado”.

Todos tenían miedo. ¡Yo no! Sabía que Dios iba a estar conmigo, y así fue, ese mismo día ingresé en La Cigüeña. Llegamos, no quiero ser orgullosa, pero nos dieron a elegir habitación y Rafa eligió la más cara. Era la más bonita y con una cama para quedarse él la noche conmigo. Ya se fue la familia, que había venido, pues al día siguiente a las diez de la mañana entraba en el quirófano. Cuando las enfermeras y la monjita nos dijeron que pasáramos buena noche, se marcharon, yo quedé ya acostada, y Rafa a mi lado preguntándome si estaba contenta. No me dio tiempo a contestarle cuando empecé a oír música. ¿Sabéis quién era? ¡La tuna!

¡Qué cosa más bonita! Me lo preparó Rafa y nunca lo he olvidado. No supo nunca borrar su dolor por haberme dejado en el hospital la primera vez. Yo lloré abrazada a él pero de alegría, sólo de pensar que iba a estar conmigo y no se separaría cuando fuera a entrar en el quirófano. Ya las enfermera y las monjitas se fueron a dormir y nosotros también, pero a las siete de la mañana rompí aguas y Rafa llamó a las monjas y al doctor Rubio y el doctor se presentó allí. No recuerdo bien, pero creo que me dijo “Tú eres el barco y yo el capitán, ¿a qué esperamos?”, cuando me llevaban en la camilla, yo iba diciendo a todos adiós, como si me fuera a los toros. Eso sí, la mano de Rafa no la solté hasta traspasar la puerta del quirófano, que tenía una ventana muy grande para que él viera todo. Mientras, a mi tía Andrea la tuvieron que atender, porque se fue sola a la capilla y se puso un poquito mala. La madre de Rafa se quedó con él. A lo que recuerdo, yo estaba en la mesa de operaciones y me daban líquido frío en la tripa, y mientras el anestesista me

pinchó, y sí que sé que no paraba de hablarme, y sobre todo preguntándome lo que quería, me dijo que si era niña cómo la llamaría, y yo le dije que no sería niña, que sería niño y que se llamaría Rafael como su padre, y ya me quedé dormida.

Mi hijo Rafael

Creo que a las nueve de la mañana me hicieron la cesárea, y salió el niño a las nueve y cuarto. Se llamó Rafael Gerardo Díez, y pesó cuatro kilos, era ocho de marzo.

Para Rafa yo creo que todo fue de locura, porque se presentó toda la familia en el sanatorio. Yo tardé varias horas en salir de la anestesia.

Cuando me subieron a la habitación, todavía estaba dormida. Bueno, no era así del todo, porque yo oía a todo el que entraba que decía “¡Qué guapo es!”. Ya tuvieron que llamar al doctor, que estaba en su casa, porque según las enfermeras, tenía que venir a verlo todo. No tardó, cuando llegó vino directo a verme y me dio unas palmaditas en la cara y me dijo “Mari Carmen, ¡Mira, es un niño como tú querías!”. Yo abrí los ojos y allí tenía a mi hijo, pero no se me ocurrió nada más que decir “¡Si no tiene pelo!”. Es que su hermano, me decía siempre Rafa, cuando nació tenía unos rizos negros preciosos, y luego Rafi, siendo niño tenía los mismos rizos que su hermano. Cuando Rafi, ya de mayor, fue al servicio militar, le cortaron el pelo. Cuando ya cumplió el año de la mili y estaba en casa, me dijo “Mamá, voy a estar un año sin cortarme el pelo” y le dijimos que bueno, y ¿sabéis?, no he visto rizos tan bonitos como esos, los tenía como yo, muy bonitos y negros. Pero tuvo que cortárselo, terminó de estudiar y para colocarse no estaba bien tener el pelo largo. Gracias a Dios porque al final me dio este hijo que tiene treinta y cinco años y se portó siempre muy bien con nosotros y ha sido siempre muy bueno.

Sigo contando...

Ya en el sanatorio empezaron poco a poco a entrar familiares, qué contentos todos, y Rafa sin separarse de mi lado, estuvo ocho días. Todo eran ramos de flores que me mandaban personas que no podían venir a verme por los trabajos, muchos regalos para mi Rafi. Lo tuvieron que llevar todo para casa, porque no había sitio en la habitación. Los jefes de Rafa vinieron y me dejaron debajo de la almohada un sobre con algo escrito, era algo muy bonito y bastante dinero. Los empleados de la fábrica también nos mandaron sobres para que comparamos cositas al niño. Todos fueron muy buenos y todos se portaron muy bien con nosotros. No quiero que nadie crea que me he olvidado, todas las enfermeras del ambulatorio, médicos, conserjes, todos en general, que al llegar a Peña Grande, se portaron de maravilla.

Fue domingo cuando nació mi niño, y todo estaba cerrado, pero el lunes ya estaban todos comprando lo que yo tenía elegido. En El Corte Inglés lo tenían apartado, pues no quise que me pasara lo mismo que la otra vez. Ya mandaron todo a casa y en esos días que estuve en el sanatorio, mi hermana Mari, mi prima Aurorita, Pili mi vecina, bueno, ellas me dejaron todo preparadito para cuando yo llegara.

Me dieron el alta, y fuimos a nuestra casita. El primer día les había dicho Rafa que avisaran a la familia para que vinieran a ver al niño poquitas personas, que a pesar de que estábamos muy bien, no era conveniente mucho alboroto.

Ya tenía la cunita al lado de la cama y cuando le acostaron se puso a llorar. No sabíamos qué le pasaba, porque le cogía en brazos y se le pasaba, y era que tenía frío. Se me ocurrió meterle en el cuco del coche y se quedó calladito. Fue porque en el sanatorio dormía en una cigüeña, que tenía un cuco pequeñito, precioso; el cuello de la cigüeña era muy largo y tenía un lazo muy grande, azul, porque era niño; cuánto me hubiera gustado que me lo hubieran regalado, pues la hubiera

tenido de recuerdo toda la vida.

Ya no volvió a llorar. Le tuvimos en el cuco unos cuantos días y cuando le volvimos a poner en su cuna se fue acostumbrando. En el verano sacábamos el cochecito al jardín, debajo de los árboles y del toldo. Estaba bien cuidado por Pilita, José, Toñín, que eran vecinos, y mi sobrina Carmina, todos pendientes de él. No se arrimaban para no despertarle si estaba dormidito, e incluso el perro, Blaqui, que se ponía a un lado para que no se acercaran al niño, estaba callado. Luego mi Rafi ha querido mucho a Pili y a Manolo, los padres de Pilita, José y Toñín, y les llamaba tíos. A José, Pilita, Mamen y Toñín los llamaba desde tan pequeñito “lalos” y sigue llamándoselo. Cuando tenía como dos añitos, siempre los lalos esperaban a su padre, que era Manolo, pues venía a comer. La parada del tranvía estaba en la esquina, bajando nuestra calle; mi Rafi siempre estaba con ellos, se querían mucho. Llegaba Manolo (que mi Rafi le llamaba tío), bajaba del tranvía y los lalos le cogían de las manos, empezaban a correr a ver quién llegaba a tío Manolo el primero. Yo que me quedaba en la puerta del jardín con Pili y nunca dije nada, pero sí me daba mucho miedo, porque como corrían tanto los pies de Rafi no daban en el suelo; jamás se cayó ninguno, para ellos fue un juego y ellos para mi hijo, fueron como hermanos, fuimos una familia.

A pesar de llevar distintas rutas nos seguimos queriendo. Quisiera que Dios me conservara la vista hasta que acabe todo esto que escribo diariamente, y qué terapia más bonita tengo ahora, ya que tengo tanto tiempo.

Ya fueron años tan buenos, si nos queríamos Rafa y yo, nos quisimos mucho más porque teníamos que enfrentarnos a muchas cosas, pero sin gran preocupación, esto nos parecía algo tan bonito, quizá tuvimos un poquito de miedo. Pero todo fue muy bien.

Veraneo en Tabernes de Valldinga

Cuando Rafi tenía ya cuatro años, fuimos de veraneo a Tabernes de Valldigna, en Valencia. Venía Carmina con nosotros, nos lo pasamos de maravilla, también nos llevamos a otra sobrina, Nani, hija de Ramón, el hermano de Rafa.

Todos los años que estuvimos sin niños, nos llevábamos a alguno de los sobrinos. Ese año nos lo estábamos pasando bien. Un día a la hora de comer, Nani, que ya tenía diez años, fue a los servicio a hacer pis y Rafa fue a buscarla, porque tardaba. Y allí ya no había nadie, pues nos quedábamos siempre los últimos, íbamos cuando el niño se despertaba. Nadie se puede imaginar el susto que nos llevamos. Porque aquello estaba dentro de la playa, me dijo Rafa que no me moviera de debajo de la sombrilla con los niños. Él se salió de la playa y subió al paseo, pero no la encontró. Se fue donde los vigilantes que acaban de encontrarla y la iban a anunciar por megafonía. Dijo la niña que quería ver el paseo, pero que no supo volver.

Todo quedó en un susto, pero Rafa se abrasó todo el cuerpo porque al principio iba por la orilla de la playa llamándola, pues eran las tres y ya no nos podía ayudar nadie porque se habían ido a comer. Llegó un momento que nos temíamos lo peor, porque gritábamos fuerte su nombre y nadie respondía. Bueno, todo pasó, teníamos el apartamento para un mes, pero Rafa se tuvo que ir una semana antes.

Seguíamos yendo a la playa, todo muy bien, pues Carmina y Nani no se separaban de mí. Ya la segunda tarde, que nos quedamos solas, Rafita se puso con cuarenta de fiebre. Me ayudaron mucho la dueña del apartamento y sus hijas, que vivían en el piso de al lado. Rápido vino el médico de urgencias y le mandó dos medicamentos, muy parecidos. Me dijo que uno era para bajarle

la fiebre y el otro era un antibiótico. Yo le di lo primero, pero le seguía subiendo la fiebre y le di también el antibiótico. El niño ya deliraba. Fueron otra vez a llamar a urgencias, yo superasustada, poniéndole paños de agua fría en la sien y en los brazos. La señora Remedios (dueña de la casa) estaba peor que yo, los niños estaban llorando. Ya viene el médico, me pide los medicamentos que estaba tomando, y se echó las manos a la cabeza, que quién me lo había mandado. Miró las recetas y es que en la farmacia le habían dado las dos recetas de antibióticos, no había ninguna para bajar la fiebre. No me acuerdo qué le mandaron para vomitar, no se movió el médico en una hora de casa, vomitó y ya empezaba a reaccionar. Yo llamaba a Rafa todas las noches y como esa noche no le llamé él se puso nervioso. Pero yo cuando pude llamé a su hermana Pilar y la conté lo que había pasado, que ya el niño estaba bien, que por favor no le dijeran nada a Rafa, puesto que quedaban sólo tres días para que viniera a buscarnos.

Esto se lo conté, a Pilar, a las nueve de la mañana y a las dos de la tarde, y aunque la dije que no se lo dijera a Rafa, cuando nos íbamos a subir para la comida, se nos presentó.

Lo pasamos muy bien, no tardó nada más que cuatro horas en coche, pero Pilar no tenía la pobre que haberle dicho nada...

Ya el niño se puso bien, y las dos sobrinas se portaron como dos señoritas, cuando vieron al tío se volvieron locas de contentas, y yo no digamos.

El jardín de infancia y el colegio

Ya en Madrid, los lalos (los vecinos de al lado) tenían el colegio donde el ambulatorio. Salían al recreo y Rafi les veía por la verja del jardín, y se emocionaba. Se ponía a llorar para que vinieran a por él y ellos se lo llevaban,

pero al terminar el recreo, no había manera de meterle otra vez al jardín de casa y salía la señorita y don Mariano, y le entraban. Al final le tuvimos que apuntar al jardín de infancia, y ¡qué bien que estaba! Tenía amiguitos, que es lo que yo quería, que se acostumbrara como otros niños, que no fuera un niño mimado, como algunos hijos únicos. Pero él no fue así, siempre fue un niño muy educado.

Inauguraron el colegio de Puerta de Hierro. Era un nuevo colegio privado, pues toda la zona donde vivíamos se decía residencial, eran todos chalés de tres plantas, todos preciosos. Rápido se llenó el colegio. Le llevamos al cole Puerta de Hierro, muy contentos, porque a Rafi le encantaba ir, tenía ya cuatro añitos. Yo le llevaba todos los días, y tuve que enfrentarme con todas las mamás veinte años más jóvenes que yo. Tenía miedo de que llegara ese momento, pues yo tenía ya cuarenta y seis años y ellas no llegaban a los treinta. No sé por qué sería, y sé que lo que me decía Rafa era verdad, que en todo parecía más niña, que no representaba los años que tenía (ni los represento). Y bueno, tuve mucha suerte, pues desde que empezamos con los colegios, ya todas las amigas fueron de veintitantos años y la verdad nunca hemos olvidado a los de nuestra edad, que nos seguimos queriendo mucho. Parece mentira el cambio que dio nuestra vida, pues Rafi nos hizo rejuvenecer esos veinte años, que tampoco nadie nos los echaba.

Bueno, como todo no puede ser tan bonito, pasada la Navidad, al salir al jardín, se me torció un pie, me dolía mucho, pero esperé a que llegara Rafa de la fábrica, y me llevó a La Paz a urgencias. Era un esguince, rotura de ligamentos, no podían escayolarme porque precisamente fue en la pierna donde tuve el trombo, y tuve que estar un mes en cama con la pierna en alto. Así que fue un poco de lío, el niño pequeño, yo no le podía atender. La chica que me ayudaba ahora venía seis horas, y cada día venía un familiar, un día la yaya, otro mi hermana, que ya vivía en el barrio del Pilar, la abuela Concha, mi prima Aurora y Pilar la hermana de Rafa; a los demás les pillaba muy lejos.

Rafa sufre un infarto

Como era enero, también hacía mucho frío y Rafa venía lo antes posible para que ellas se pudieran ir pronto. No sabemos cómo fue, y si tanta felicidad era demasiada; esa tarde Rafa tardaba en venir, y yo le dije a Pilar, que aún estaba allí, que se fuera, que no tardaría y ella se marchó; ya se oyó el coche, y entró el niño corriendo por el pasillo, no le traía en hombros como siempre. Rafa me dio un beso y se salió de la habitación, él siempre se quedaba sentado en la cama preguntándome, pero no lo hizo, le noté extraño. Me levanté como pude, llegué a mi habitación y él estaba detrás de la puerta como dándose friegas en el pecho y en el brazo. Me puse un batín, el niño se quedó con él y yo salí cojeando, agarrándome a las verjas, luego las verjas de Pili y Manolo se terminaban, tenía que cruzar la calle para llegar al ambulatorio. Estaba Ángel, un celador, en la puerta fumando, le llamé y vino corriendo. Le dije lo que le estaba pasando a Rafa, llamaron ellos y rápido vino una ambulancia, se le llevaron y llamé a su hermano Ramón, para que fuera a La Paz, porque se le habían llevado allí y estaba solo. Fue también mi primo Santi, el marido de mi prima Aurora, les dije que llamaran muchas veces.

Rafa les había dicho que llamaran a su hermana Pilar para que me atendiera a mí y a mi hijo.

Pasaban las horas y no venían, y a las dos de la madrugada vinieron Santi y Ramón. Al no ver a Rafa me sentí mal, me dijeron que se quedaría esa noche en observación y que al día siguiente le daban el alta.

Por la mañana vino mi cuñado Juan Ángel, diciéndome que no le habían dado el alta, y que me llevaban a verle. No tenía muletas, pero fui agarrada a Pilar y a él. Llegamos a La Paz, allí me pusieron en una silla de ruedas y empecé a sentirme mal. Lloré bastante y me dieron una pastilla, y cuando la enfermera vio que ya estaba tranquila, entonces me dejó pasar para que le

viera, pero que no tenía que llorar, que él no podía emocionarse. Yo fui muy fuerte, y entré. A pesar de que le había dado un infarto y estaba con todos los cables y oxígeno, estaba como si no le hubiera pasado nada, tan moreno, tan guapo, que no me asusté. Rafa estaba muy tranquilo. Me dijo que iba a quedarse unos días, que avisara para que viniera la ruta escolar para llevarse a Rafi, que yo siguiera en la cama, que él me llamaría en el momento que le quitaran el oxígeno. Pero ahí no le hice caso, yo le fui a ver todos los días.

El juguete de Rafi

El niño daba mucha penita, porque echaba de menos a su padre. Ya venía el segundo día el autocar, y cuando tocaba el claxon para que saliera, se quería meter en la cama conmigo. Qué mal lo pasamos. Ya me levanté y dije que si iba a la ruta, cuando llegara a comer, le estaría esperando el payasito, tocando los platillos. Este juguete le gustaba mucho y era precioso, se lo trajeron los Reyes. Se lo habíamos guardado esperando que cumpliera otro año, pues había que darle cuerda y nos tenía todo el día liados; por eso su padre le había dicho: “Creo que tienes que esperar un añito más, que se te van a estropear los oídos”. Cuando se lo dije se puso muy contento y se fue al colegio. Cuando volvió la ruta le puse en la consola el payaso, le di cuerda y cuando abrió la puerta Rafi, empezó a tocar los platillos. Qué contento se puso. Hasta que vino su padre de La Paz hubo que darle cuerda al muñeco a cada rato.

Rafa se recupera

Ya le dieron el alta a Rafa. Lo peor para él fue tener que dejar el tabaco, lo pasó regular a pesar de que él ha sido muy fuerte para todo. ¿Sabéis cuándo lo pasaba peor? Nada más terminar de comer. Pero se salía al jardín y se

llevaba a los niños de los chalés de los vecinos a la puerta del ambulatorio, donde había un puesto de pipas y caramelos, y todas las golosinas de los críos. Rafa qué pena, cómo echaba de menos su tabaco, pobrecillo, pero siempre ha tenido una fuerza de voluntad muy grande. No volvió a fumar en la vida.

Los últimos años

Era una vida muy feliz, ya todo el sufrimiento se terminó. Rafa estuvo trabajando muchos años en la misma fábrica. Todo salía muy bien, Rafi ya empezó con los estudios, todos nos poníamos contentos porque traía unas notas sobresalientes.

Ya le tocó a Rafi hacer el servicio militar y al volver, por un amor que le fue mal, perdió la carrera. Luego entró en Prosegur, en el Palacio de Congresos de escolta. Le querían mucho, ha estado allí quince años.

Ha pasado mucho tiempo. Llevo siete años en la Residencia, estoy feliz, ya me he acostumbrado. ¿Por qué estoy aquí? Porque mi Rafa un noche nos dejó, el día veinte de febrero de 1998. Se sentó en la cama, yo miré el despertador y le dije “Rafa, si son las cinco de la madrugada, pareces el aprendiz en vez del patrón”, me dijo, “Menchu, es que voy al baño”. Va por el pasillo, oigo un ruido, me parece la consola pero de pronto sale Rafita al pasillo, y empieza chillar “Mamá, mamá”. Salgo corriendo y allí estaba en el suelo, ya no nos vio, no se despidió ni de su hijo, ni de mí, que era lo que más quería en el mundo. A mí me trataba como a una cría, lo mismo que a mi hijo. Yo estuve muchos meses que llegaba la noche y era tener que entrar en la alcoba y empezar a temblar, y muy mal. Rafita tenía que poner el coche en marcha y llevarme a La Paz, y así a base de calmantes pasamos unos meses, malos, pero luego Loli y José me llevaron a su chalet de la Sierra un mes y ya la familia me fue a ver. Han pasado los años y todo está un poco más tranquilo, pero mi Rafa tarda mucho en llevarme con él.

Rafi se echó pareja. Ella, Yoli, y Rafi querían que me fuera a vivir con ellos. Yo les dije que me apuntaran para una residencia, que tardaban mucho en darla, dos años. Pero hay un Dios muy grande. Y a los seis meses me llaman Rafi y Yoli, que venían a verme pero que estuviera sentada en el sillón. Ya llegan y me dan un sobre, y empiezo a leerlo, y empecé a llorar, les dije que lo hacía de alegría. Y era que yo no quería darles preocupaciones. Tuvimos que ir al día siguiente a la Residencia para todo el papeleo. Rafi estaba muy triste y disgustado porque él quería que me quedara con ellos. Al día siguiente me trajo a la Residencia de Nuestra Señora del Carmen. Llegamos a una enorme puerta de hierro, pero antes de llamar, me dijo, “Mamá, si no me gusta no te vas a quedar”. Se abre la puerta, y cuando yo veo tantos árboles, tantas flores, todo tan bonito, la verdad todo precioso, tan grandísimo todo, le dije “Rafita hijo, no sé qué habitación tendré, pero yo me quedo aquí, porque ya sabes que estoy escribiendo a papá todos los días y han pasado siete años y sigo escribiéndole y siempre en el jardín de Peña Grande”. Entramos en la Residencia y estuvimos hablando mucho con una señorita muy cariñosa.

Han pasado siete años y sigo muy contenta, los quiero mucho a todos. Todos me quieren mucho y yo hago todo lo que puedo para ayudarles. Esto me ha ayudado a vivir con más alegría, después de que Rafa se fuera. Llevo la biblioteca ahora yo sola. Lo he pasado mal porque Dani, que fue el otro encargado de la biblioteca, hace un año que falleció sin estar enfermo. Él era la alegría de la biblioteca. Todos le queríamos. Siempre estábamos ensayando zarzuelas, obras de teatro, todo nos salía muy bien. Todos nos hemos querido y nos seguimos queriendo.

Hemos tenido mucha suerte con todos los voluntarios. Qué buenos y qué buenas son, vienen todos los lunes y los viernes, y cada día hacemos cosas nuevas. Lo mismo pintamos que... a ver qué hacen ahora, cuando vengan de las vacaciones. Ya están todas las recetas de cocina, que son muchas, preparadas para un libro. La verdad es que estoy deseando que

pase septiembre, que empiecen todos a venir. Bueno, sigue viniendo Miguel, estudiante, educado, y me ayuda con el libro que está casi terminado y ha quedado muy bonito. Gracias también a otra estudiante, Isabel, que fue un sol y que pasó el libro a ordenador los viernes. Son tantas las cosas que han hecho los voluntarios, nunca os olvidaré a ninguno.

La historia de este libro

Para terminar me gustaría contaros, el por qué de este libro, y lo importante que ha sido para mí.

Todo comenzó en la primavera del 2005 estando ya aquí en la residencia Nuestra Señora del Carmen. Un día me llamaron por megafonía, habían venido a verme dos señores de la Biblioteca de Peña Grande. Empezamos a hablar y me preguntaron si había visto el periódico últimamente, ya que había salido una noticia sobre la importancia de que algunos de los muchos niños madrileños evacuados a Valencia durante la Guerra, contaran sus historias. Esto me hizo reflexionar y en el acto comencé a escribir.

Ahora pienso sobre todo ello, y veo cómo me ha ayudado a ver la suerte que tuve, al estar rodeada de gente tan maravillosa, como lo es mi hermano adoptivo Enrique, la familia que me acogió en Valencia y todas aquellas personas que me he encontrado a lo largo de mi vida.

Por todos ellos he querido escribir este libro, para darles las gracias a todos y contar esta historia, que aunque dura, fue preciosa y todavía hoy continúa.

Pero esto aquí no acaba. Yo estoy deseando terminar de escribir todo lo que me queda por contar. Por ello, les espero en el próximo libro.

EPÍLOGO: EL SUEÑO

12 de Noviembre de 2005

Hoy he tenido un sueño que todavía no paso a creerme. Estos día estamos haciendo planes para la Navidad, bueno, los planes los hace Silvia (la chica de la Residencia que nos prepara actividades), vamos a hacer concursos, rifas, juegos...

El sueño que he tenido ha sido tan bonito como extraño. En este nos decía Silvia que teníamos que pensar, para un juego, en la persona que más quisiéramos (esto lo hicimos en la Plaza de la Palmeras).

El juego consistía en pensar que en el pasillo que cruza toda la plaza, al final, estaría la persona más querida, y yo tendría que ir hacia el centro. Teníamos que llevar sombreros negros de ala de caballero, porque no se nos tenían que ver los ojos, y en el centro del pasillo encontrarnos con esa persona querida y allí mirarnos.

Me tocó a mí la primera. Y así fue. Empiezo a andar, la otra persona también y cuando nos juntamos en el centro ya podíamos mirarnos. ¡Dios mío! Era Rafa, me abrazó muy fuerte cuando me vio y sin decirme nada empezamos a subir hacia el cielo, yo tenía miedo porque el techo era de cristal, pero antes se oyó un ruido enorme, y me desperté...

Muy mal, esta es la verdad lo pasé muy mal, porque el sueño era tan bonito, que creí que era realidad, porque siempre que miro ese lucero tan bonito que sale todas las noches hablo, pensando que me está escuchando ¡Él!

Y a él siempre le digo lo mismo: "Rafa, ¿cuándo me llevas contigo?".

